

El Ruedo

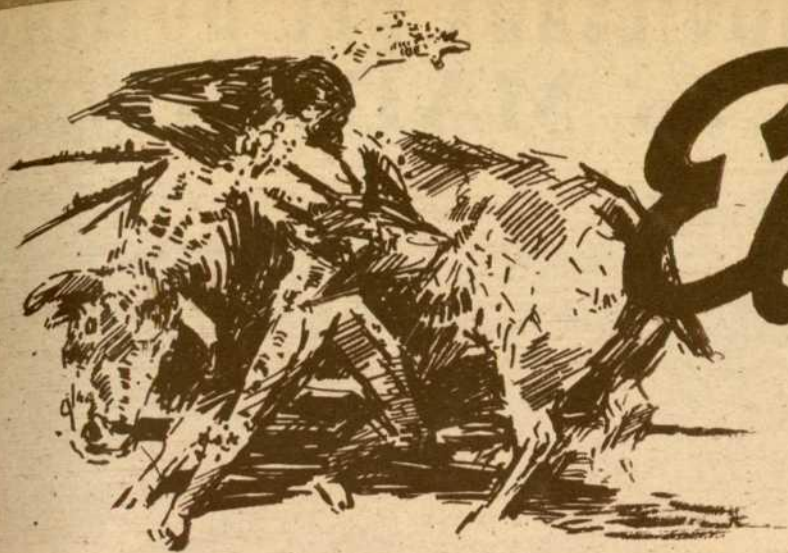


2
Plas

CA
E
M
A
L
D
E
M
A
N
A
L
D
E
M
A
R
C
A
S
E
M
A
N
A
L
D
E
M
A
R
C
A
S
E
M
A
N
A
L
D
E
M
A
R
C
A
S



Toreo a caballo.

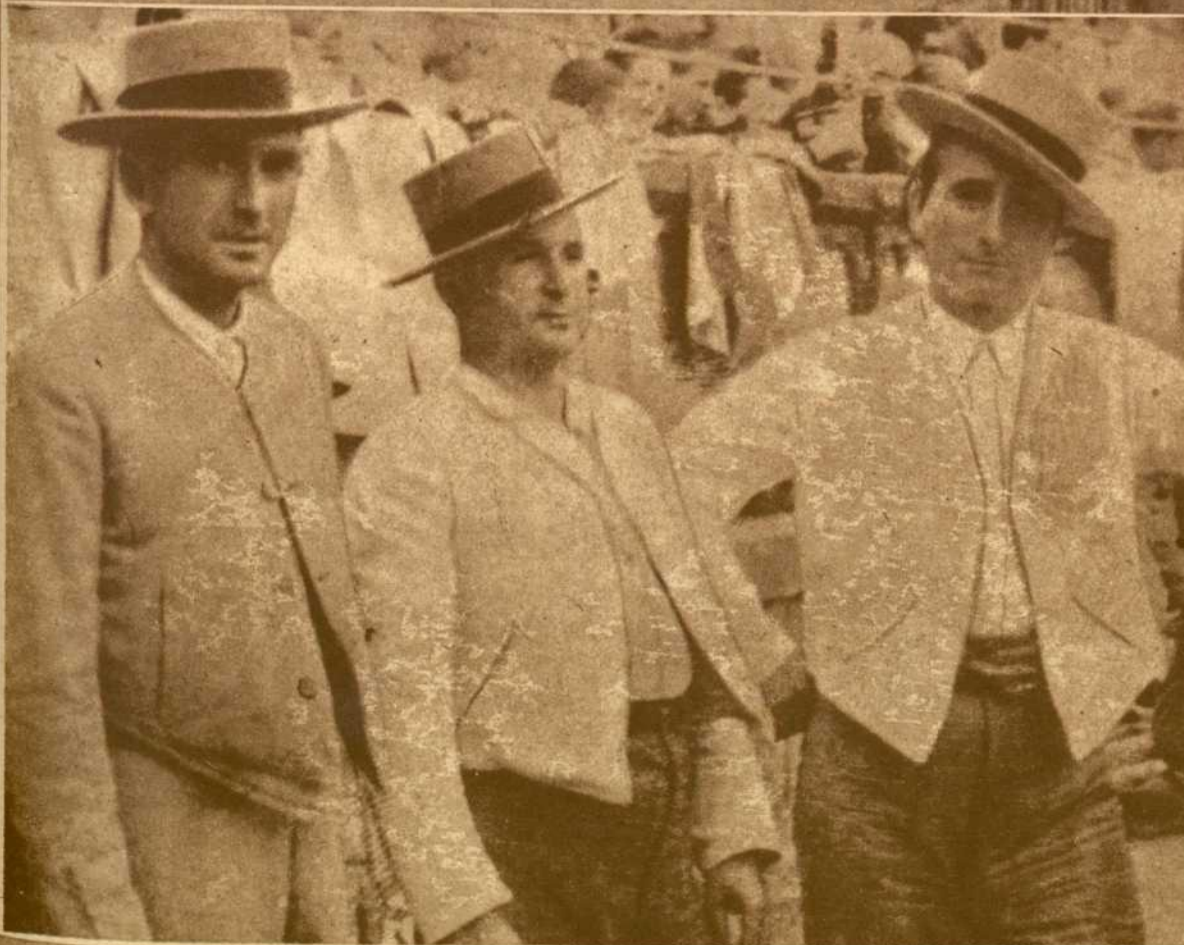
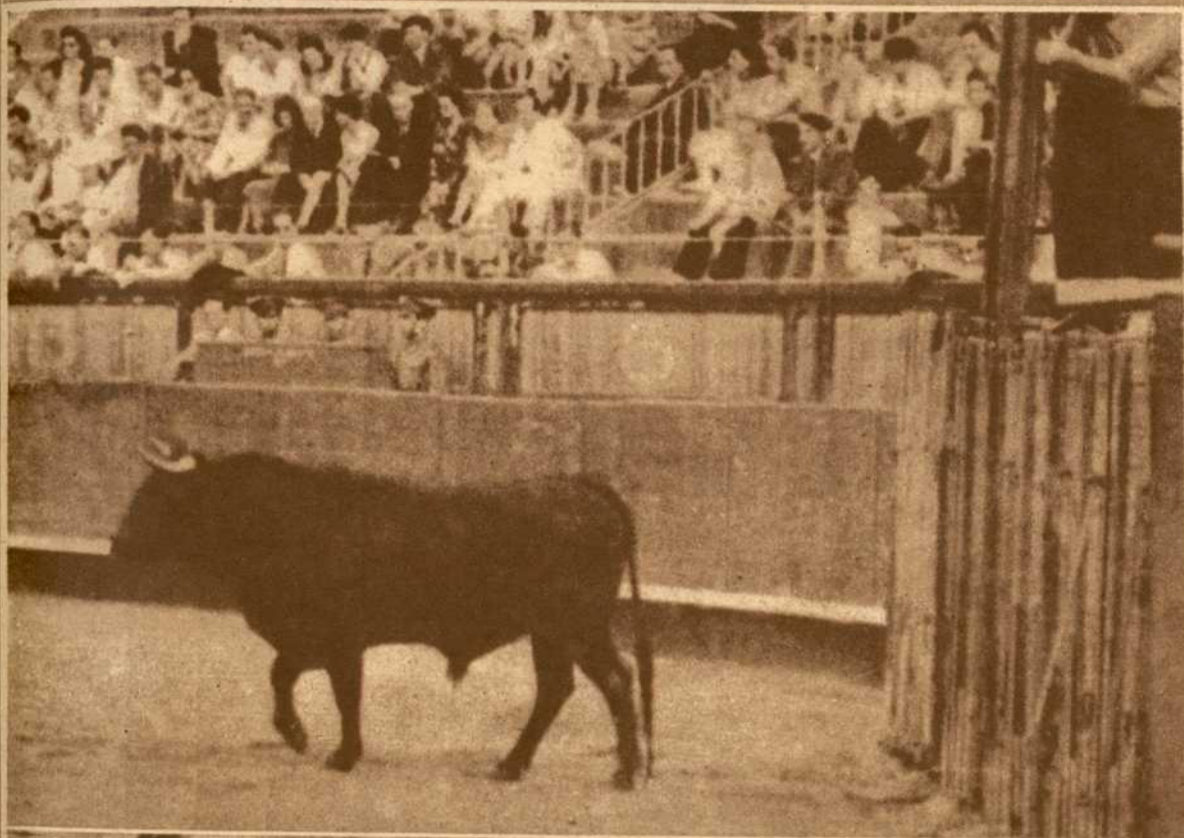


El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III - Madrid, 8 de agosto de 1946 - N.º III



SABOR y olor campero en las Plazas de Toros!

Ya va siendo tradicional en las Plazas esto de abrir las jaulas de los toros a la vista del público, como anticipo y promesa de lo que serán más tarde las corridas.

El espectador, esos días no va al tendido a ver faenas primorosas, ni lances estilistas, ni brega sab.a. Va a ver el toro. El elemento sin el cual la fiesta dejaría de serlo. Y se comenta luego en las tertulias el trapío de las reses, y por unos instantes vuelve a ser esta afición al toro tema actual y encendido interés en el ambiente ciudádano.

Dos o tres días después, la luz del ruedo, que se quiebra en los alamares de los espadas, ciega con demasiada frecuencia a los espectadores y el toro pasa a un plano secundario. Ya entonces lo que suspende la emoción es la manoletina, el pase con la vista en el tendido, el adorno florido de un toreo estilizado y grácil...

Pero en las tardes de desencajonamiento, cuando el torero no está en la Plaza —¡ay!, que es necesaria esta ausencia para que así ocurra—, los espectadores se fijan en el toro.

Y hay en la Plaza un aroma campero, una reminiscencia de lo que fué la fiesta, cuando las chupas blancas de los mayores, las calzonas, los botos, los sombreros anchos y los semblantes atezados, forman sus grupos en el callejón, y ligan tabaco a la usanza pausada de las gentes del campo, mientras charlan de cosas que en la ciudad apenas si interesan.

Uno a uno se van abriendo los cajones. De ellos salen, acaso deslumbradas, las reses que han de lidiarse en las famosas ferias. Y las conversaciones de los aficionados entran por cauces de tradición añeja:

—Me gusta más ese negro zaino, un poquito "tocado", que el "ensabanao" que salió primero.

—A mí me gusta el "ensabanao". Tiene más respeto en la cara y es más hondo.

—Pero el negro tiene edad, está en su peso, y va a dar juego...

Esto ocurre dos días antes de la feria. Después..., llega el Imperio de la manoletina, del estatuario y de ese pase con la vista fija en el tendido con el que hemos llegado ya a lo insospechado: a que ni los propios toreros le den su sitio y su importancia al toro.

Como si todo esto no fuera en detrimento de la fiesta y de los lidiadores en primer lugar.

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



A los gestos contados y cantados de Manolete y Antonio Bienvenida siguió el de Luis Miguel Dominguín, para torear la gran corrida de la temporada, que este año va a ser, sin duda, la del Hospital, conocida entre los aficionados por la de «la Beneficencia». Y va a ser así, no ya por la indiscutible importancia del cartel, sino porque algo —inexplicable ahora— me hace pensar que marcará —andando el tiempo— un importante jalón en la historia del toreo.

Otros diestros, cuyos nombres omito hoy por no aceptados aún, se disputan también el honor de tomar parte en la famosa corrida, y un día haré oportuno recuento de ellos, para satisfacción de todos, porque la importancia y el valor están en el sincero ofrecimiento, sea o no utilizado. Me consta, además, que en la Diputación madrileña, encarnada en la figura de su presidente, don Antonio Almagro, se agradecen las desinteresadas proposiciones recibidas y que, a serle posible, las aceptaría todas sin vacilar.

Lo que no se sabe hasta ahora —lo he preguntado con insistencia al señor Almagro— es que algún ganadero haya hecho semejante ofrecimiento de sus toros. Tal vez tenga —¡oh, los tiempos!— más valor el dinero que la sangre, y es muy posible que alguno salga ofreciendo su propia vida antes que el importe de los seis u ocho toros necesarios para el excepcional espectáculo que se organiza.

No digo que vayan a poner sus ganaderías a la total disposición del señor presidente, para que éste elija de una o de otra la mejor corrida que padece en dehesas españolas, aunque también esto es posible, además de hermoso; pero si creo probable, casi seguro, que se hagan ofrecimientos de esta índole, expresados en estos términos escritos o verbales:

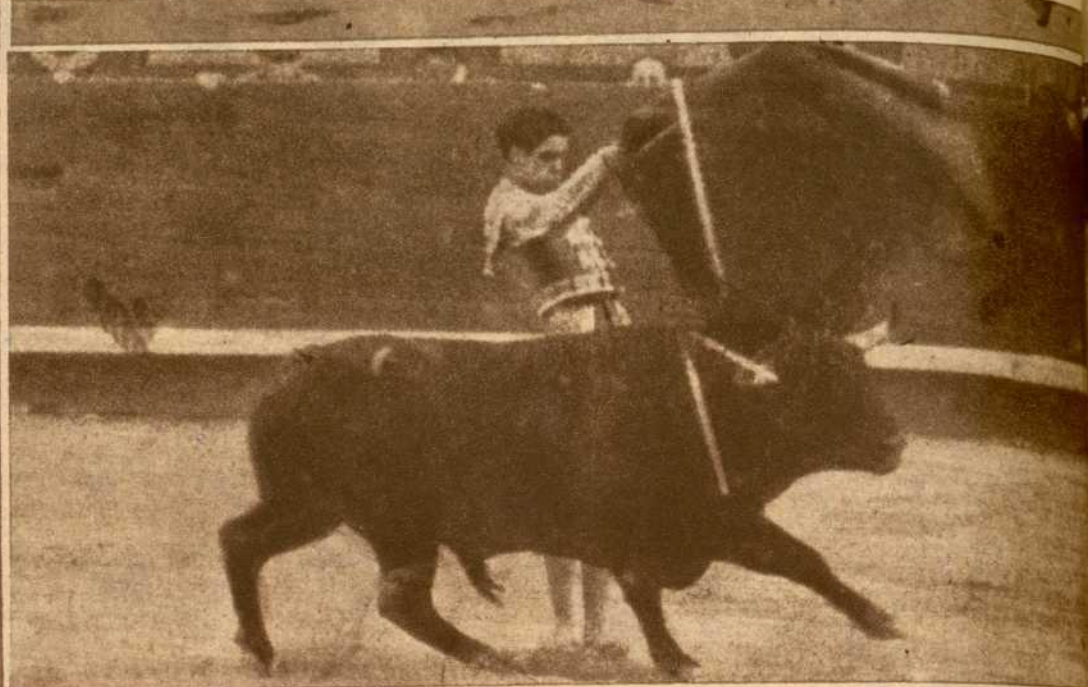
«Señor Almagro: Deseo contribuir como buen español a la magna obra del Hospital que esa Diputación de su digna presidencia realiza con tanto entusiasmo y celo. No ignora usted, señor presidente, las circunstancias desfavorables que atraviesan las ganaderías españolas, sobre todo las de reses bravas, y las dificultades con que todos tropezamos para seleccionar una corrida de toros que pueda responder a un espectáculo de tanto fuste y trascendencia como el que ustedes organizan; pero, en mi afán de contribuir al éxito que merecen, pongo a su disposición mis cerrados, para que elija una corrida, la mejor que tenga, cuyo importe y forma de pago dejo a su libre decisión. De usted afectísimo, etcétera, etc.»

Poco más o menos, así pueden hablar o escribir varios ganaderos, tan prestigiosos por el número de sus reses como por el abolengo de sus apellidos y por la honda raigambre de sus estirpes en la buena memoria española.

Estoy seguro de que la Diputación madrileña se daría por satisfecha con recibir ofrecimientos semejantes, pues lo que anhela no es que le regalen una corrida, sino poderla presentar con trapío, hermosura, como lo exige la categoría de tan magno cartel.



LA NOVILLADA DEL DOMINGO en MADRID



Antonio Caro muletea por alto a su primer toro

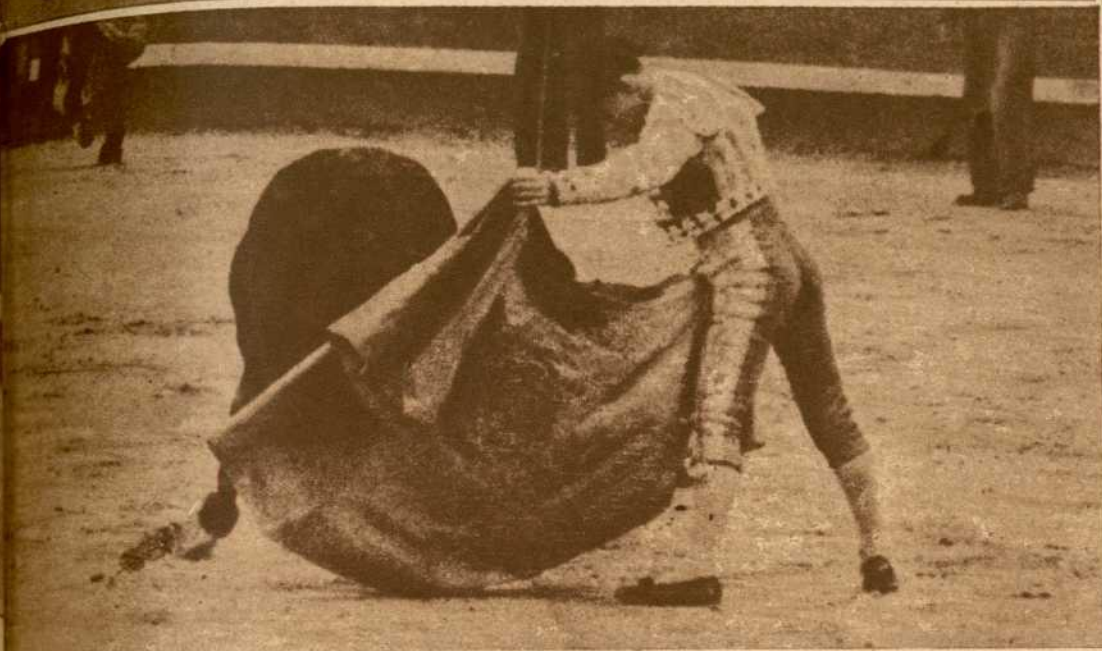


Pericás hace el quite en su turno con el capote a la espalda

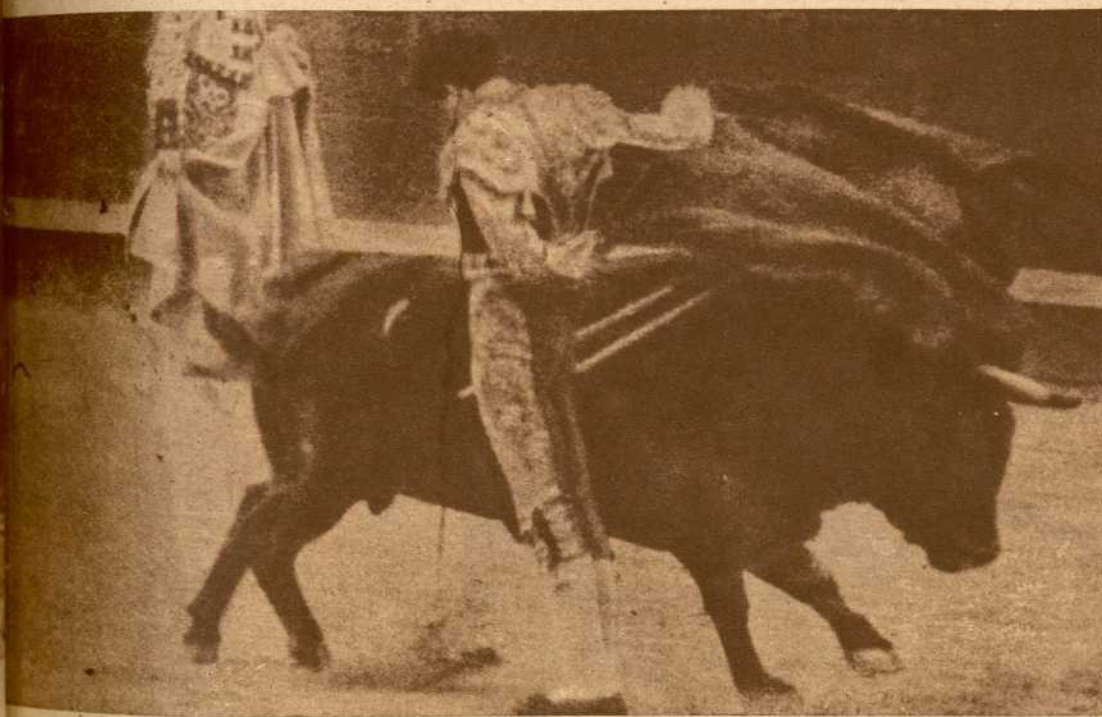


El mallorquín le porfiando al foguero para que tome la muleta

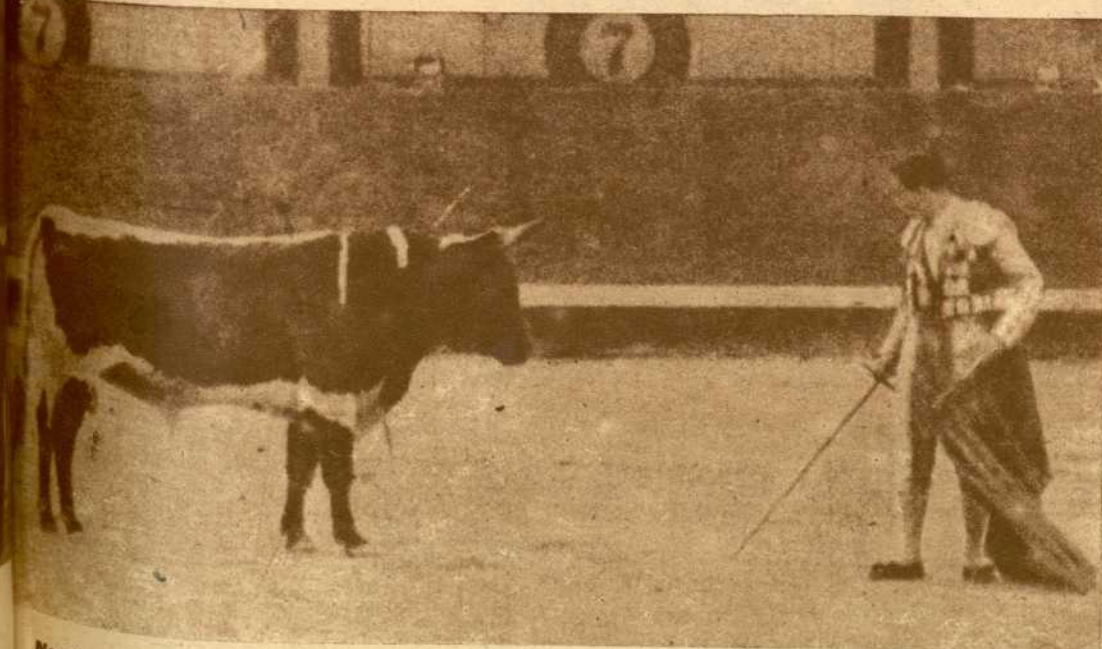
Reses de José María Soto para PERICAS, ANTONIO CARO y MANOLO GONZALEZ



Una verónica de Manuel González en el tercer novillo



Antonio Caro en una de las manoletinas al quinto de la tarde



Manolo González, después de refrescar al novillo, se dispone a reanudar la faena (Fots. Zarco)

LA SEMANA EN LAS VENTAS

LO DEL DOMINGO YA FUE OTRA COSA

ESTAMOS ya metidos de lleno en la canícula taurina, que sólo da de sí un calor sofocante y una novillada por semana. La del domingo fué la segunda de la serie y resultó mucho mejor que la primera. No es de extrañar que así sucediese, porque el cartel de toreros estaba mucho mejor cuidado y compuesto por nombres de mejor garantía en los debutantes. Tan fué así, que ni aun la mansedumbre de los novillos de Soto impidió que se vieran cosas y de que sonasen calurosos aplausos a lo largo de la tarde.

Del ganado, ya está dicho lo principal. Acusaron mansedumbre, sobre todo en las varas, que tomaron muy a regañadientes, saliendo sueltos y rebrincados. El primero y el cuarto volvieron la cara tan acusadamente, que, a pesar de la porfía, hubieron de foguearse, y quedaron, entre las muchas pasadas y capotazos, en el estado que es de suponer y con peligro, sólo atenuado por su misma cobardía. El resto de la corrida quedó mejor para la muleta, sobre todo los dos finales, y particularmente el quinto, que el Aldeano supo ahormar en varas. El segundo y tercero huían y se iban de la muleta, pero no presentaron peores características. Una corrida desigual, con tendencia a la mansedumbre y bien presentada.

El cartel de novilleros estuvo decoroso, por lo menos. El joven Pericás pechó con el lote que llevó fuego. Con el primero estuvo muy cerca y porfió bastante como para sufrir dos revolcones aparatosos, y por ser prendido por el cuerno mogón, se quedaron en eso sólo. Sacó pases ajustados que gustaron al respetable, más complacido por los arrestos del mozo que atento a que tomó casi siempre los terrenos con equivocación. Le ovacionaron y salió desde el tercio. El berrendo que se lidió en cuarto lugar, malísimamente lidiado y pareado por una cuadrilla medrosa y despistada, dejando aparte el capote de Carrato, que sirvió hasta de muleta, llegó a la muerte hecho un «regalo» que Pericás se quitó de encima como pudo y aun escuchó palmas compensadoras de su mala fortuna en el sorteo.

Antonio Caro estuvo bien. Juega bien la muñeca y manda bastante, pero se atropella algo en la realización de las suertes, y los nervios —quizá los de la presentación— le restaron aplomo en la colocación. Al segundo lo muleteó con esas características y escuchó una ovación al desaharlo de un espadazo trasero. El quinto llegó a la muleta magníficamente —aunque no para que hiciese olvidar, en los aplausos del arrastre, que su pelea en varas fué mala—, y Antonio Caro lo muleteó muy bien por alto, al natural y en redondo, intercalando adornos y molinetes. La gente, así, inexplicablemente, dió en creer que la faena fué corta, o cortada por el matador con prisa de matar, y se le puso de uñas sin razón. Bien que los nervios le asomaron ya para meter el estoque, el caso es que no escuchó ni un aplauso y el toro se llevó los del público, que estuvo injusto. Ni tanto ni tan calvo.

Manuel González apunta cosas muy buenas. Con el capote, veroniqueando a pies juntos, por gaoneras y con unas medias verónicas graciosas y muy toreras puso al público a su lado, ganado por el estilo sevillanísimo y «pepista» del chaval. La faena al tercero, muy huido, fué valiente. El toro estaba para dobladuras y para meterlo enclelado en la muleta. González, al intentar torearlo al natural, llevó un revolcón, y luego al matar, —que es su punto flaco, a lo que vemos—, se puso algo pesado, doblando el bicho cuando sonaba un recado de la presidencia. El muchacho se sacó la espina —que el público, con certero instinto, no le tomó en cuenta— haciendo una faena llena de gracia al que cerró plaza. Comenzó por alto, tiró hacia los medios y allí largó unas series de naturales rematados de pecho, llenos de alegría torera y buen estilo que se ovacionaron con entusiasmo. El toro frenaba, y González siguió toreando por ayudados, de costadillo y desplantes graciosísimos. La impresión fué inmejorable. Y eso que con la espada, sobre todo en el sitio del descabello, volvió a deslucirse. Pero si se arregla eso, hay torero, y de clase.

Esto y el decoro de los otros dos dió a la novillada del domingo un aire grato. Nos devolvió la alegría de las novilladas. Que sobre dos horas y cuarto, y con unos novillos mansos, no está mal.

EL CACHETERO



¡CUANDO EL SUEÑO DE DEBUTAR EN MADRID SE HACE REALIDAD...!

ANTONIO Caro es el octavo retoño de una familiar toiera. De ella, cinco son, o han sido, toreros. Rafael, el mayor, llegó a destacar entre los matadores de novillos. Juan, más conocido por Chiquito de la Audiencia, conoció durante algún tiempo las mieles del triunfo. Pedro, en cambio, no pasó de banderillero del anterior. Curro, actual matador de toros. Y, finalmente, Antonio, el benjamín de la dinastía.

Sin duda, estaba escrito que no había de sustraerse al ambiente familiar, y Antonio Caro acabó por colgar sus estudios de Bachillerato para seguir la ruta de sus hermanos.

Se probó por vez primera en las faenas de tiente de la ganadería salmantina de don Ignacio Sánchez. Los hermanos del torero principiante acabaron por ayudarlo al comprobar su irrevocable decisión. El año 42 viste oros y caireles para actuar en Huelva con Angel Luis Bienvenida, hermano de Frías. Y corta la primera oreja.

Durante algún tiempo forma pareja con el extremeño Angelefe. Debuta en Barcelona y Bilbao, a cambio de obtener buenos éxitos.

Luego, inexplicablemente, Antonio Caro deja enfriar los buenos momentos iniciales, para dejar pasar el tiempo sin que su nombre figure en las Plazas que dan y quitan.

Por fin obtiene la ansiada promesa. Toreará en Madrid, ruedo introductor para conquistar la fama o el fracaso.

Y llegó la corrida. El madrileño anduvo cerca de los toros y demostró en muchos momentos poseer excelente madera de torero.

Pero al no producirse el triunfo clamoroso, Antonio Caro llevó a su casa el amargor de la desilusión. A su alrededor resataba el gozo familiar de verle rescatado al peligro.

A mi interrogante, Antonio habló de sus multiplicados deseos de volver a pisar el ruedo madrileño.

—¿Por qué cortaste tan rápidamente la faena en tu segundo toro?—le inquirió extrañado su hermano Curro.

—Cuando uno torea su primera corrida en Plaza de tanta importancia, se pierde la noción

GLORIA Y CALVARIO DEL TOREO



¡Paseillo en la Plaza de las Ventas...! ¡Ilusión ya realizada del debutante...! Luego... todo se alcanza ya, o todo se ha perdido...

Y MANOLO GONZALEZ afirma decidido: «Yo en lo que pienso es en librar a mi madre de la vida trabajosa que lleva...»



Manuel González



Antonio Caro

de lo que ejecuta y el sentido de la propia medida. Ahora, en frío, reconozco que no debí hacerlo; pero toda la tarde anduve como impresionado, sin poder desarrollar un trabajo plenamente a gusto.

Manolo González, además de evidenciar con su capotillo y muleta la esencia, presencia y potencia de la finísima escuela sevillana, puso de relieve que no se arredra ante las tarascadas de los astados.

Cuando, concluida la corrida y ya en el hotel, comenzó a desnudarle su mozo de estoques, se vió que llevaba una cornada en la parte alta de la región glútea.

ANTONIO CARO DICE: "EN UN DIA COMO ESTE SE PIERDE LA NOCION DEL TIEMPO..."

A toda prisa fué conducido al Sanatorio de Toreros, adonde llegó el equipo quirúrgico que tan dicéramente dirige el doctor Guinea. Por suerte, la herida no era de importancia, y una vez curado fué autorizado para retirarse al hotel, a reserva del cariz ulterior de la lesión.

Mientras el torero permanecía en el quirófano, fué su padrino y protector el experto aficionado sevillano don Emilio Fernández, quien me facilitó algunos datos del muchacho.

Huérfano de padre, es la madre la que honrada y trabajosamente subviene a las necesidades de sus tres chiquillos.

Entre estrecheces y penalidades, Manolo deja crecer proyectos sensacionales y magnos propósitos. Será torero y así podrá en seguida poner en práctica su tenaz y cupación: liberar a la madre del diario trabajo y rodearla de una vida dulce y cómoda.

Y tal como lo siente lo empieza a poner en práctica. Va a Nerva, con otro chaval, a matar un becerro; pero como a la hora suprema su compañero se achica, él tiene que matar los dos becerros, apuntando ya muy felices maneras. Se presenta ante sus paisanos el 15 de julio de 1945. Torea ganado de Esteban González, con Tacho Campos, Belmonteño y Quinito. Tan excelente es su labor, que obtiene la repetición para el siguiente domingo.

En esta corrida tiene la desgracia de que un toro de Garci Grande lo envía a la cama para un período no menor de noventa días.

Tal es la actual cotización de este muchacho entre sus paisanos, que la víspera de su presentación en Madrid hubo de torear en Huelva, cortando tres orejas y siendo paseado en hombros por las calles onubenses.

Esta había de ser la primera paliza de la jornada. La segunda la constituyó el rápido viaje por carretera, febril y adormilado, para llegar a Madrid dos horas antes de la corrida. Por último, la cogida experimentada en su primero había de poner a prueba el ánimo esforzado del juvenil torero andaluz.

MIRE usted que con este calor y venir a ver una novillada!... No se oía el domingo otro comentario en los tendidos, antes de comenzar el festejo. Y, sin embargo, allí estaba la gente; claro que no en cantidad para llenar la Plaza, ni mucho menos; pero en número suficiente para acreditar y testificar que cuando se espera «algo», por poco que ese «algo» sea, el sector «enterado» de la afición responde.

Las cosas se saben. Por ejemplo, a nadie se le ocultaba que los novillos no iban, en general, a dar mucho juego. Existían sospechosos antecedentes de foguero. Y, en efecto, por dos veces salieron a relucir «das de pólvora y trueno», que es como los partidarios de la anfibia llaman a las banderillas de fuego. Si existiera una asignatura de mansedumbre, es seguro que la mayoría de los bichos del domingo la habrían aprobado con excelente puntuación. ¡Qué curso de huidas! ¡Cómo escapaban de los capotes, de las muletas y de la presencia de toreros y de picadores!... Los novillos daban vueltas pegados a la barrera, buscando el punto de mínima altura para saltar, pero querían hacerlo a manos juntas y fracasaban en el empeño. «¡Hay que tomar carrerilla, chavales!», les avisaba el chusco de turno. Pero, ni por ésas.

El cuarto de la novillada, que era buen mozo y tenía cornamenta de verdad, sembró el pánico entre los banderilleros, y hasta uno de ellos, atenuado por el miedo, sufrió un serio revoleón.

En los momentos en que los novillos lucieron bravura, vimos detalles de gran novillada. Pericás tiene dosis abundante de temeridad. Si el primero no hubiera sido mogón del derecho, habría recibido una o quizá dos cornadas tremendas. El novillo marcó contra el vientre del espada esas trayectorias que deben de poner espanto a los médicos en el burladero; pero, por fortuna, todo quedó en eso, en señalar y no dar. Con el rizoso pelo rubio desgreñado, lleno de coraje, Pericás se levantó una y otra vez del suelo, después de su insensato empeño de dar pases naturales sin medir el terreno ni graduar la arrancada, y se fué contra el enemigo dispuesto a llevarse por delante, fuese como fuese. Y se lo llevó. Pero nosotros pasamos una angustia terrible.

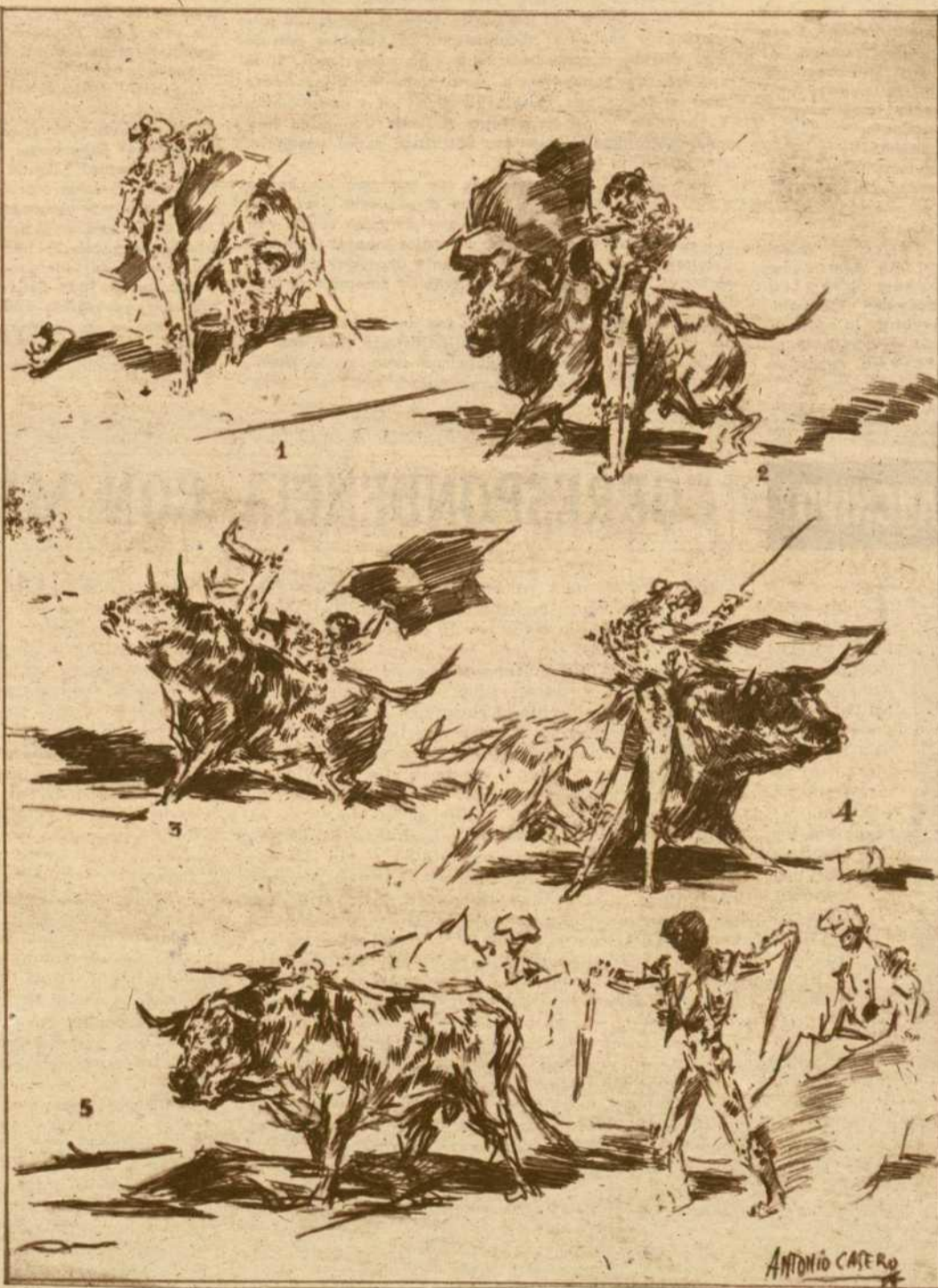
Antonio Caro tiene rostro, hechuras, tipo de torero. A veces se parece a El Estudiante, en sus buenos momentos. Y, como él, adolece del defecto de la precipitación, de no esperar a la embestida para iniciar el lance, con lo que sus faenas quedan a veces desincronizadas, como esas películas

A VISTA DE TENDIDO

Lo que dice la gente.
Cuando luce la bravura.
Detalles de la gran novillada

EL LAPIZ EN LOS TOROS

(De la corrida del domingo en Madrid, por Antonio Casero)



1 y 2. Manuel González, que tuvo un afortunado debut como torero. — 3. Una de las aparatosas cogidas de Pericás. — 4. Antonio Caro, durante la faena realizada con el quinto toro. — 5. ¡Aquel cuarto toro...!, al que no había medio de banderillar

donde la voz va por un lado y la imagen va por otro. En su primero hizo juegos malabares con la muleta. El novillo derrotaba mucho y le

arrebató de las manos el trapo rojo. Pero Caro lo cogió en el aire para no perder el remate de un adorno. El público se rió. Pero nosotros comprendimos que aquello era un accidente ocasional. Y, en efecto, al quinto de la tarde le hizo una faena de muleta precisa y preciosa, jugando flexiblemente la muñeca y, como dicen los clásicos, mandando dominando y parando. Ciertos espectadores juzgaron que la faena era breve y se llamaron a engaño. Pero lo cierto es que estamos acostumbrados a ver esas faenas prolongadas con exceso indebido, exceso que agota a los bichos. Luego, los toros ni se paran ni cuadrán, y a la hora de entrar a matar, la suerte se hace poco menos que imposible. En la brevedad de la faena de muleta de Antonio Caro hubo, pues, un rasgo de buen lidiador,

de diestro, de proceder y enterado que sacrificó el lucimiento a la eficacia.

Habíamos empezado diciendo que en la fiesta de toros las cosas se saben. Y he aquí que el público «sabía» quién era Marolo González. «Ha cortado dos crejas en Huelva...» «Sufrió una cogida grave en Sevilla; pero, a pesar de eso, no sé a uerdad del percance, no tiene miedo...» «Verán ustedes cómo hace la estatua...» «Tiene una gracia especial en el capote...» Esas frases se oían ya durante el paseillo. Y suporemos que a estas horas, tanto los espectadores como los críticos, habrán subrayado el enorme parecido de figura y de tipo, de estatura y de estilo, de desplante y de garbo, que Marolo González tiene con Pepe Luiz Vázquez. No des ubrimos, pues, nada, al sumarnos al reconocimiento de ese parecido.

Pero si queremos agregar algo más; que el parecido Marolo-Pepe Luiz no es el de un vulgar mimetismo, el de una imitación o pastiche, sino el encaje exacto en un mismo modo y manera andalucísimos de entender la lidia, con vista y con ángel, y en el vuelo gracilísimo del capote y en el temple y ritmo de la muleta igual sello, idéntico timbre de forma y, lo que es más importante, de fondo, de ciencia o intuición del torero. Aunque no tuviera suerte con el pincho, aunque oyera un aviso en su primero, el público le esperó hasta el final para aplaudirle. Y nosotros con él. En la puesta de sol de agosto, el cielo, cargado de nubes y de reflejos, tenía brillos de alamares y caireles. Sí; vimos detalles de gran novillada. No todos los días se puede decir lo mismo y no todos los días podemos escribir sin esgrimir la férula.

ALFREDO MARQUERIE

A PUNTA DE CAPOTE

MIEDO Y VALENTIA DE LOS TOREROS

La valentía, o ejercicio del valor, tiene dos aspectos esenciales: el valor sereno, reflexivo, producto de la propia estimación (valor espíritu), y el coraje, cor cordis, corazón (valor materia). El primero es voluntad disciplinada, sabiduría; el segundo, instinto ciego, temeridad. El uno es consciencia en acción ante el peligro; el otro, reacción colérica ante el miedo. ¿Cuál de estas dos cualidades caracteriza al torero cuando da su valentía por espectáculo a las multitudes? Las dos. El valor ponderado, o del espíritu, es arte, gracia, técnica, dominio; el del coraje, o valor de la materia, es corazón, músculo, drama. Ambos motivos son el aspecto cegador de la fiesta.

Antes de nombrar a los toreros que, a nuestro parecer, representan mejor estos distintos modos de valentía, conviene examinar el enemigo con el cual el torero ha de medirse. Este enemigo fundamental es el miedo. Y el miedo del lidiador, como su valentía, se diferencia en miedo al toro, miedo al público, miedo a sí mismo y miedo al miedo.

Por eso cuando sale el torero vestido de luces al redondel es para mí el momento más admirable de su valor. Es el momento orgánico de la turbación, de las secreciones, de la lengua seca. En ese momento la voluntad, a estímulos del amor propio, acalla las voces inasequibles del miedo. Es la batalla del torero consigo mismo en su mundo interior. Y esa batalla es cruenta. El miedo insidioso se oculta en nuestro ser. No sólo teme nuestro pensamiento. Independientemente de nuestro deseo teme el músculo, el corazón, el diafragma, el estómago, el intestino.

La disgregación pánica de ese ejercicio únicamente la evita —repetimos— ese estado mayor de la conciencia que se llama voluntad. El torero, vencedor de sí mismo, vencedor

de su miedo, se nos presenta así armado con todas las armas morales e intelectuales de su valor. ¿Su valor? ¿En qué consiste? Ya lo hemos visto, y ya lo dijo un valiente: «El valor no es otra cosa que miedo disimulado».

Un torero de probada bravura puede morir de miedo. Imagínalo un momento ante un toro en las bascas de la muerte. Un toro moribundo no deja de ser una fiera ni aun en el último estertor. El torero lo olvida y mira confiado al público. No puede esperar una cornada y, sin embargo, la cornada llega. Llegó estúpidamente, pero llega. El matador se mira el vientre; ve la salida de sus entrañas al exterior, y de un modo fulminante, muere por shock traumático. Es decir: muere de miedo, en la forma terrible del espanto. Su Minerva, su moral, no le cubre con su égida en el trance de la sorpresa traidora. Este caso se ha dado.

Si hemos insistido en los motivos del miedo, es justamente para dar reales a los de su contrapunto, el valor. La brega constante cara a la muerte crea en el alma una costra defensiva. El valor del torero es una obra maestra de la voluntad en el tiempo. El torero lucha por su egoísmo, por su porvenir casero, no por los grandes móviles del espíritu. Si bajo los pliegues de su bandera rindiere el mismo esfuerzo y coraje en el campo de batalla, hasta morir en él como muere en el caso, sería héroe dos veces.

Tal es el valor del torero. No sabe el público lo que representa esa obra monumental de valentía corrida tras corrida durante toda una vida profesional. Si lo supiera, su benevolencia sería más humana. Acaso diga el lector que cuanto va dicho es contradictorio. Y sin duda lo es. Pero sepa el lector que nada hay más contradictorio que esto del valor y del miedo en el corazón de los hombres.

Pero, en fin, no divaguemos con un tema tan hondo y rico en sugerencias. Y ya que el propósito excede al espacio, atengámonos al hijo que dejamos suelto con sus dos nudos diferentes: el del valor mental (espíritu) del torero tipo y el del valor-coraje (materia) del torero bravo. ¿Cuáles son éstos y como se llaman o se han llamado?

Una voz nos responde desde las honduras del pasado. Es la voz de mil voces de la Historia. Esa voz se repite por su condición de vidas paralelas en la Historia reiterada. En ella relampaguean nombres como

alturas en la cordillera del Tiempo. Son los nombres del valor científico, apolíneo, humano y consciente. Se llaman Pedro Romero, Cúchares, Lagartijo, Rafael Guerra y...

¡Joselito! He aquí el valor sapiente que corre del redondel al sevillano como la antorcha en las Panateneas. Y no es que nos eclipse a sus antecesores: es que nos deslumbró, por

que es de ayer y lo tenemos más cerca... La muerte de este sabio conocedor del miedo fue antes por los imponderables de un accidente que por una cogida provocada por la imprudencia.

La otra corriente del coraje racial, que raya en lo temerario, nos viene de Bellón el Africano, Pepe Hillo, Curro Guillén y Manuel Domínguez, hasta parar en Macliyó el Espartaco.

¿Y Belmonte? ¿Dónde situamos a este coloso? En el centro de las dos corrientes, porque de ambas participaba su alma corajuda y valerosa. Su arte original está en el equilibrio casi imposible de la tragedia estremecedora con la belleza y el ritmo. Juan Belmonte es el brazo de mar donde convergen los ríos del valor y del coraje. Juan Belmonte es una media verónica sobre esta geográfica piel de toro que es España. Juan Belmonte es la universalidad de cuanto alcanza lo humano en la lucha con los toros. Por eso Juan Belmonte fue innovador y revolucionario.

FEDERICO OLIVER



PAGINAS DE MI ARCHIVO



La que voy a copiar contiene una particularidad, que después señalaré, que me atañe muy personalmente.

En el invierno de 1901 se hallaba en Méjico haciendo su temporada taurina; y faltando a su costumbre de escribirme con agradable frecuencia, llevaba varios días de no recibir sus noticias. Cuando ya iba creyendo que me había olvidado, me trajo el correo la siguiente epístola:

«Monterrey, 21 diciembre 1901.

«Querido Natalio:

Ya tenía yo mi escozorcito en el corazón, porque todavía no te había escrito, como tampoco a Mariano..., y cuando esto ocurre con los amigos del alma, ¿qué será con los demás? Pero figúrate que hace justitamente un mes que llegué, y entre torear, recibir y devolver vitas, banquetear, panamericanear un poco y

CORRESPONDENCIA CON MAZZANTINI

otras ocupaciones inherentes a mi importante papel..., no tengo tiempo ni para respirar, aunque aquí, o, mejor dicho, en la ciudad de Méjico, eso de respirar se hace con dificultad, porque estamos a 3.000 metros de altura sobre el nivel del mar!... ¿Serán pies, Señor, y habré dicho alguna barbaridad? Comencé el 24 mi temporada, y tengo ya arregladas las 18 corridas que caben en el calendario, aprovechando domingos y días festivos, desde el día que llegué hasta el 23 de febrero, que pienso embarcar en Veracruz con rumbo a Cádiz, a fin de estar al lado de la familia sobre el 15 de marzo y descansar en el Puerto hasta pasada la Feria de Sevilla que regresaremos a Madrid. Supe por los periódicos que saliste concejal; pero que no caerás en la vulgaridad de presidir corridas de toros. Aun siendo, como eres, excelente aficionado, no te librarías, en el alto sitial, de que te dijeran alguna lindeza los niños góticos que, por su inferioridad intelectual y escasa cultura, se entretienen en mortificar a sus semejantes, cuando pueden hacerlo escondidos en la más cobarde impunidad... ¿Me ha salido bien este párrafo? Me figuro que tanto tú como los amigos Mariano y Sabater me cumpliréis vuestra promesa de ir a pasar conmigo unos días al Puerto, con motivo de mi regreso o desembarco en Cádiz; pero si las ocupaciones de tus cargos u otras causas te lo impondieran, siempre nos veríamos en Sevilla para la Feria, y entonces iríais a nuestra casita del Puerto.

Mientras llegan esos felices días, recibe un abrazo de tu amigo del alma. — Luis.»

No se pudo lograr, no recuerdo por qué motivos, que fuéramos a pasar con él unos días en Villa Concepción, deliciosa residencia suya en el Puerto de Santa María, pero sí que pasáramos reunidos la Feria de Sevilla.

Y para terminar, aludiré a la particularidad que principalmente me afecta en la carta.

Siendo, como era, para mí de mucha estima cualquier consejo de Luis en lo referente a pre-

sidir corridas de toros, no era necesario, porque mi propósito, al ser elegido concejal y nombrado teniente de alcalde de Chamberí, era decidido de no presidir ninguna fiesta taurina.

Estaba ya próximo mi mandato de teniente de alcalde, y en mala hora me picó la curiosidad de conocer a qué sabía presidir una corrida, y tuve la debilidad de hacerlo una sola vez, pero con éxito deplorable, tan desafortunado, que no quise anotarlo en mis apuntes diarios. Por eso se ha borrado de mi memoria, aun siendo muy feliz la fecha en que padecía el desaguisado. Solamente recuerdo que los toros eran de la ganadería de Bañuelos. Todos fué preciso Dios y ayuda para que tomaran las tres varas de reglamento, pero uno singularmente hufa de los picadores, y como yo, sin conocer al ganadero ni tener interés por él, estaba dispuesto a no foguearlo, me gané lamás tremenda bronca que puede soñarse; mas mi resistencia a sacar el pañuelo rojo fué tan tenaz, que al fin, entre una espantosa gritería del público, que me dirigió toda clase de injurias, el bicho entró en suerte y no hubo que quemarlo.

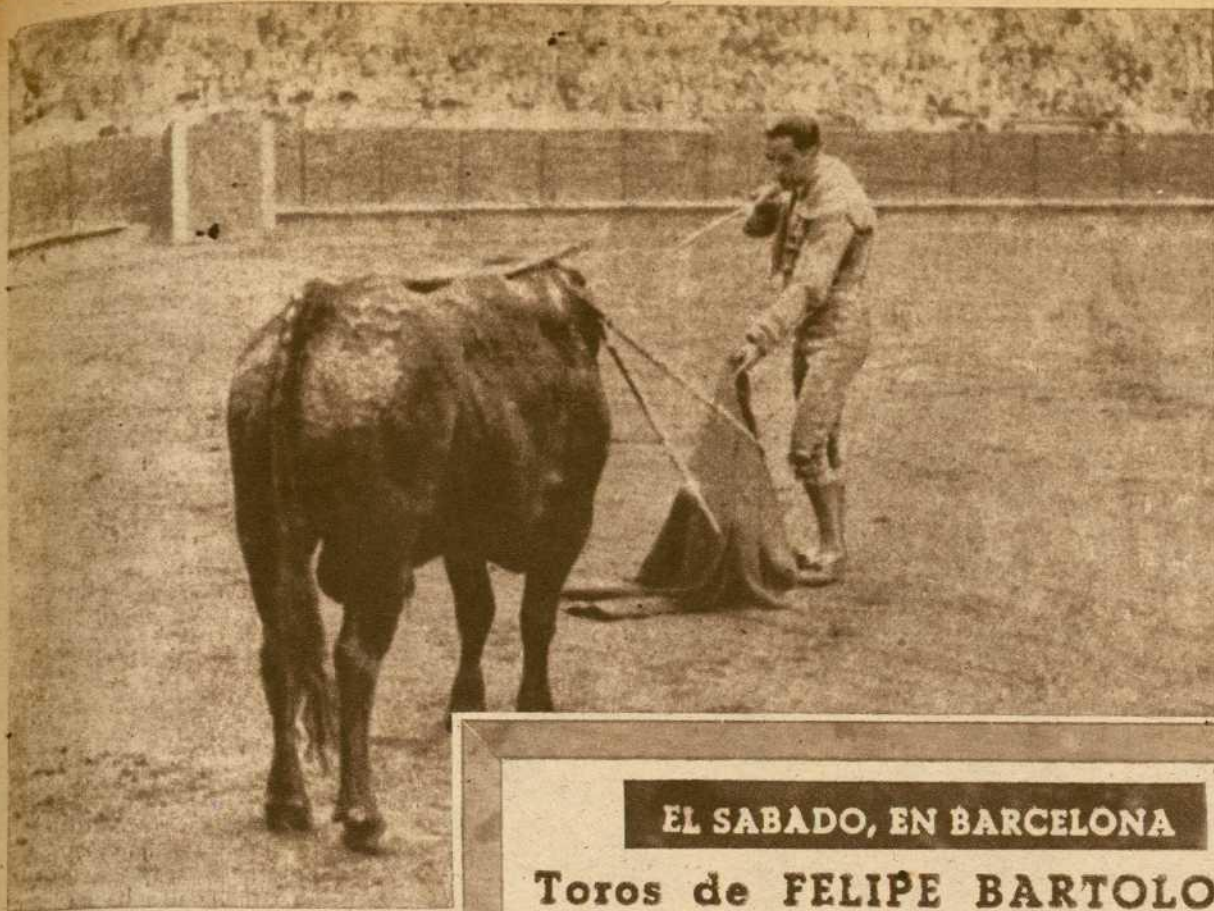
Confieso que mi decisión de no mandar que le pusieran banderillas de fuego, solamente estaba impulsada porque me figuraba el disgusto del dueño de los toros y quise librarle de él a todo trance.

No hay que decir que la reprimenda que recibí de Luis fué tan severa como merecida.

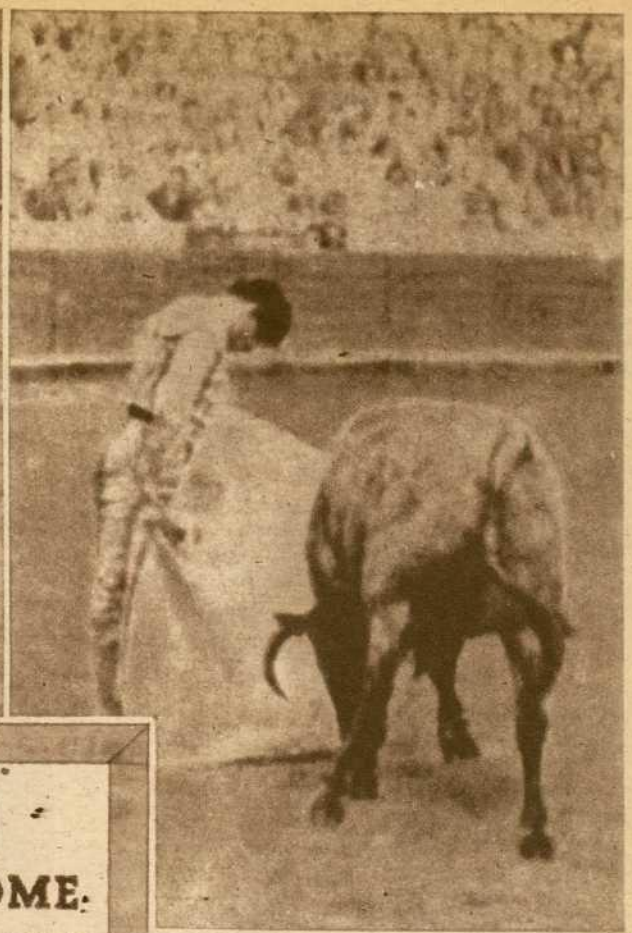
NATALIO RIVAS

(De la Real Academia de la Historia.)





Juanito Belmonte en el momento de perfilarse para entrar a matar a su primer enemigo



Arruza, que hacía su reaparición en los ruedos españoles, en una verónica

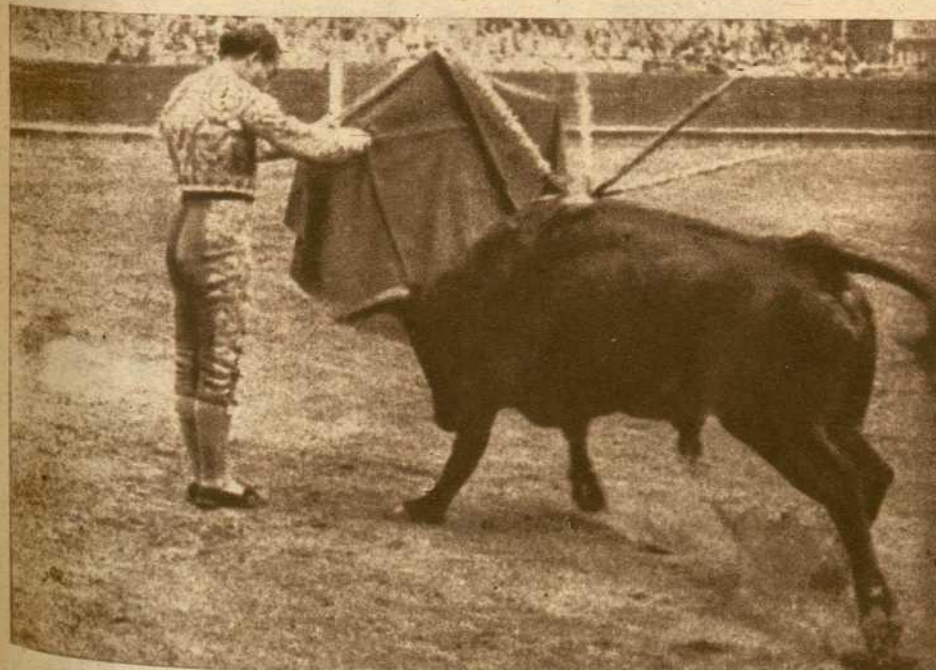
EL SABADO, EN BARCELONA
Toros de FELIPE BARTOLOME BELMONTE, ANDALUZ
y reaparición de ARRUZA



Volviéron con el azteca los emocionantes molinetes con las dos rodillas en tierra



Juanito Belmonte al iniciar un farol en el tercio de quites de su primer toro



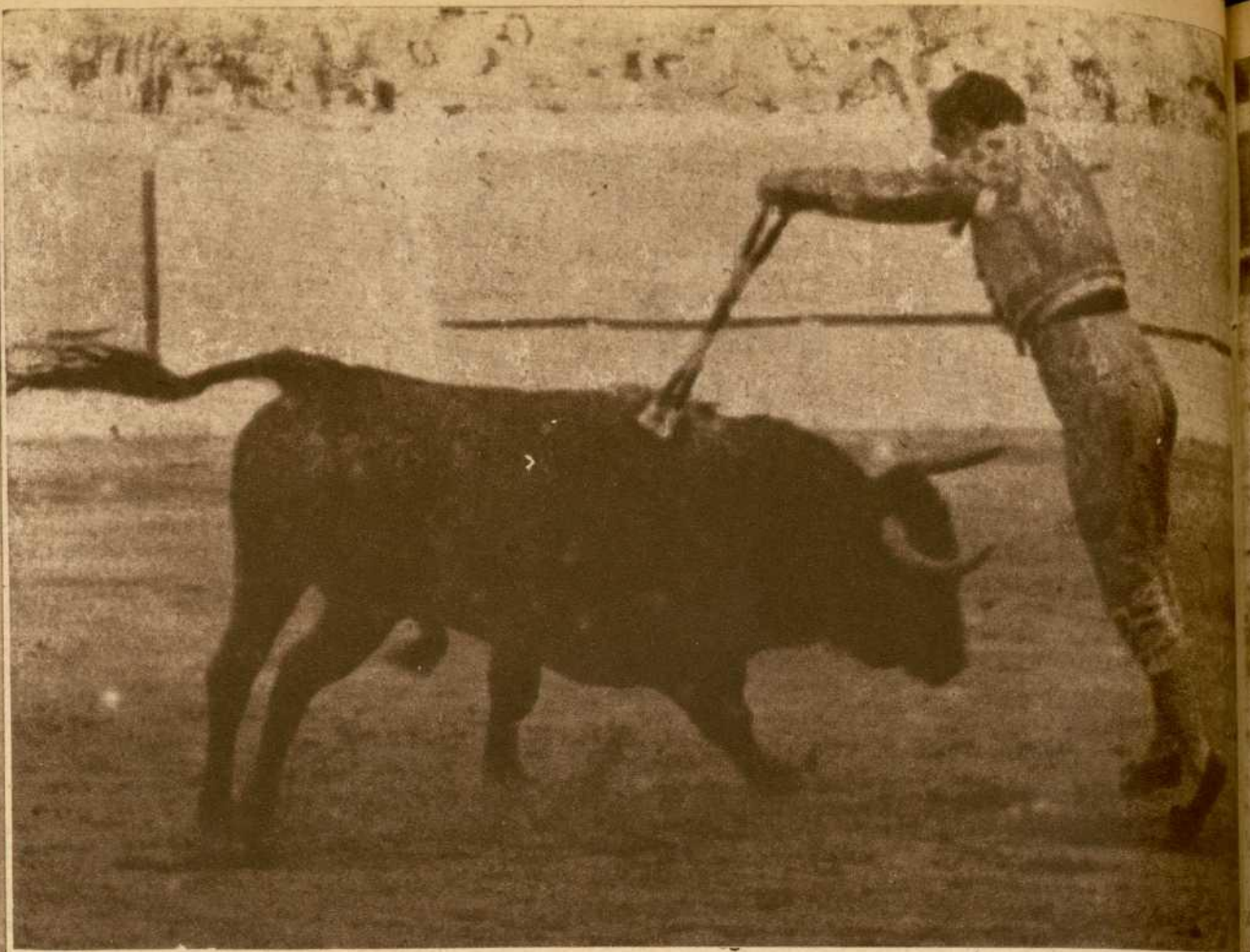
Así empezó la faena de su segundo toro Manuel Alvarez, Andaluz



Una verónica de Andaluz llevando al toro bien embebido en el capote (Fots. Valls)

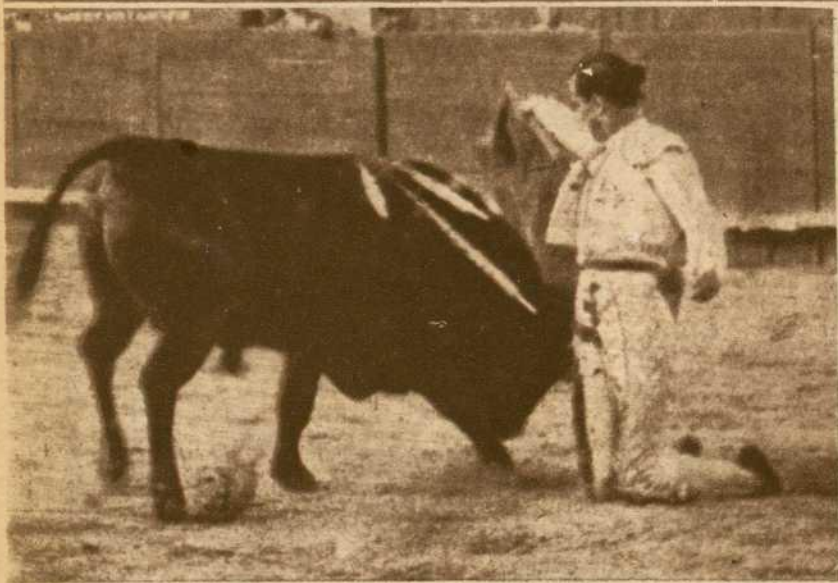


Arruza y Pepe Bienvenida se abrazan al ofrecerse los replietes



Pepe Bienvenida se reúne con el toro y clava un soberbio par

El domingo, en la Monumental **CARTEL DE BARCELONA**



Un muletazo alto de Arruza con las rodillas en tierra. — A la derecha: La presentación del mejicano hizo colocar el cartelito de «No hay billetes»



Morenito de Talavera tira del toro en un buen muletazo con la derecha en la corrida celebrada en la Monumental el domingo

PLAZA DE TOROS MONUMENTAL
 EMPRESA PEDRO BALANA

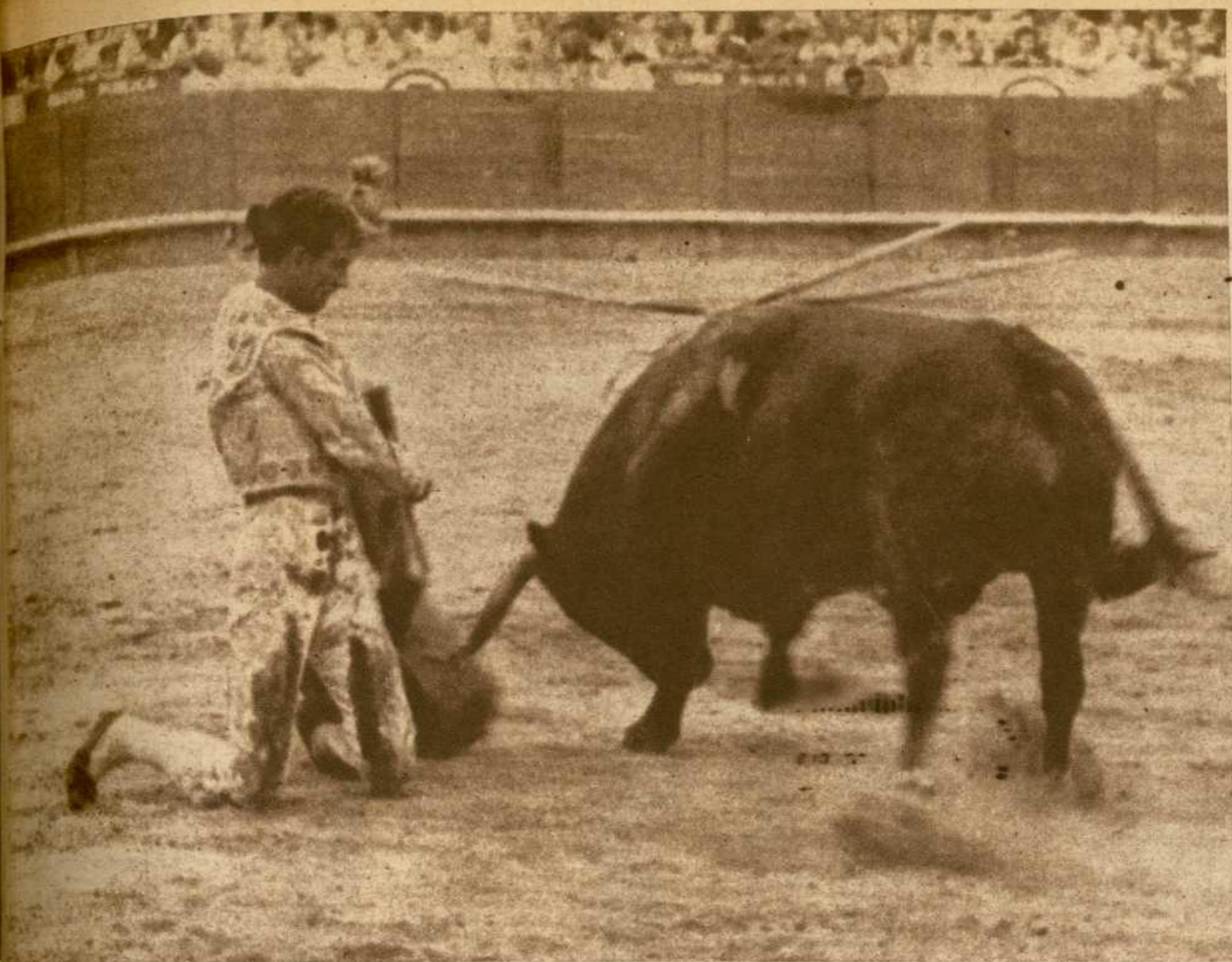
CARLOS ARRUZA
 REAPARICION REAPARICION

2 SENSACIONALES ACONTECIMIENTOS 2
 PARA LOS DIAS 3 Y 4 DE AGOSTO DE 1946

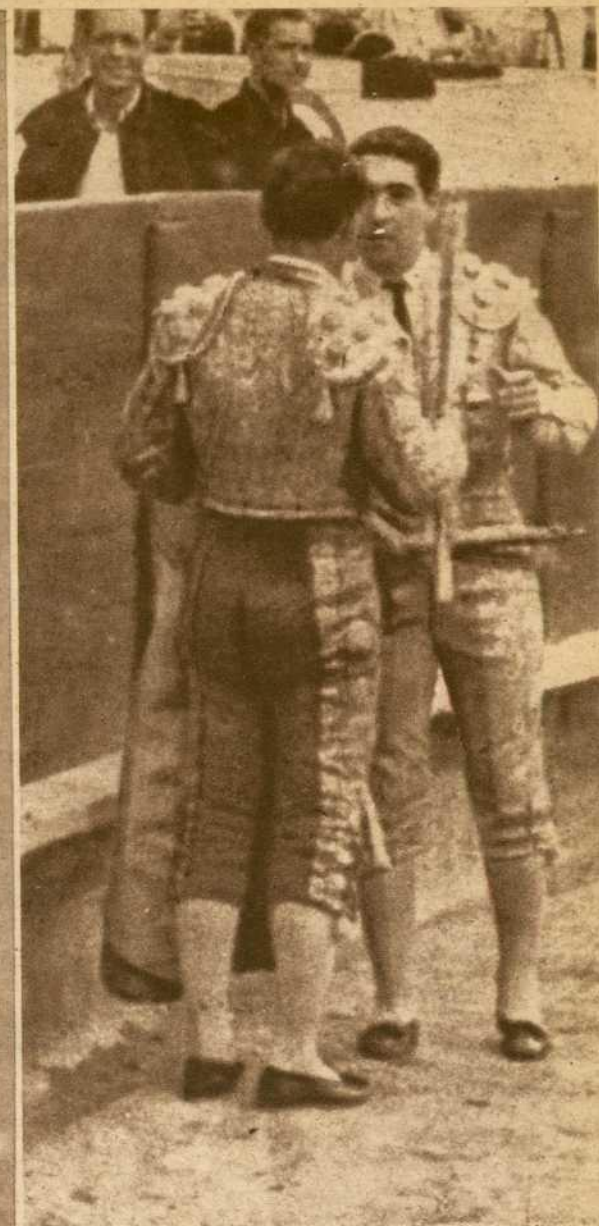
AGOTADAS TODAS LAS LOCALIDADES

<p>VIERNES DIA 3</p> <p>GRANDIOSA CORRIDA DE TOROS</p> <p>6 MAGNIFICOS Y BRAVOS TOROS - 6</p> <p>PEPE BARTOLOME</p> <p>JUAN BELMONTE</p> <p>CARLOS ARRUZA</p> <p>MARCEL ALVAREZ ANDALUZ</p>	<p>DOMINGO DIA 4</p> <p>GRANDIOSA CORRIDA DE TOROS</p> <p>6 MAGNIFICOS Y BRAVOS TOROS - 6</p> <p>Arturo Sánchez Cobaleda</p> <p>PEPE BIENVENIDA</p> <p>CARLOS ARRUZA</p> <p>MORENITO DE TALAVERA</p>
---	--

Para saber los horarios en otros estadios, los precios de los billetes y las localidades, dirigirse a las oficinas de venta de billetes.



Carlos Arruza inicia un molinete de rodillas



Morenito de Talavera le ofrece un par de banderillas a Pepote

SEIS DE SANCHEZ COBALEDA para Pepe Bienvenida, Arruza y Morenito de Talavera



Pepe Bienvenida se aprieta en un pase en redondo.—A la derecha: Morenito de Talavera en una buena manoletina durante la corrida del domingo



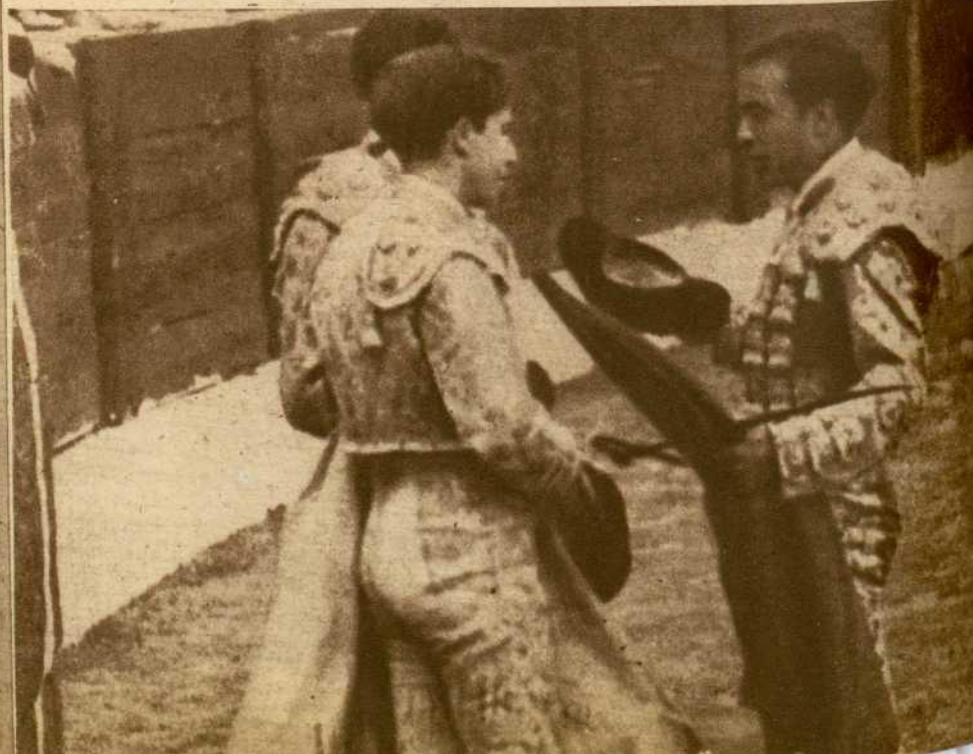
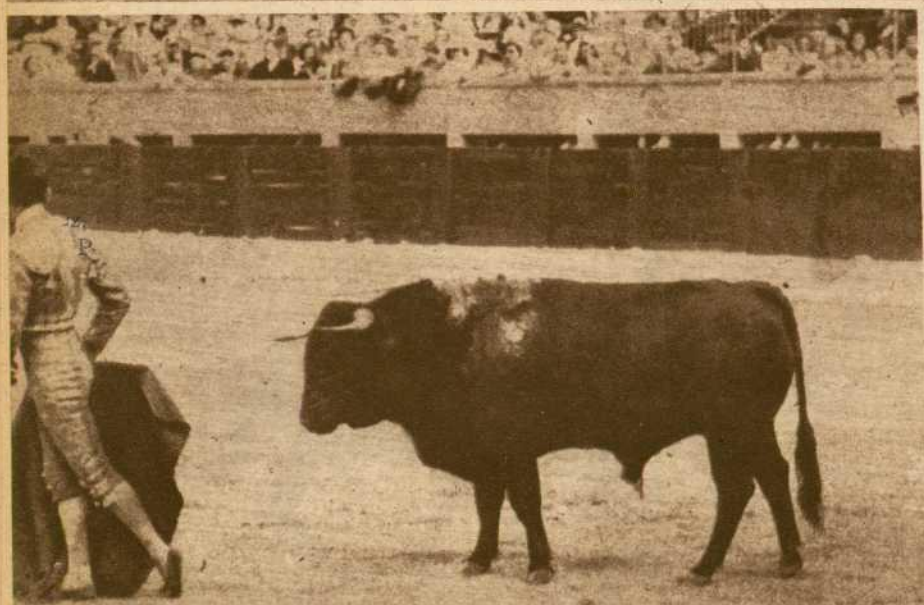
Los tres espadas saludan montera en mano, después del gran tercio de banderillas con que deleitaron al público (Fots. Valls)



El torero de San Bernardo en un pase natural
Belmonte hace un paréntesis en su faena

CARTEL DE SANTANDER TOROS DE BOHORQUEZ

Juanito Belmonte en un ayudado por alto
Cafitas les brinda el toro a Pepe Luis y a Belmonte





Otro muletazo al natural de Pepe Luis Vázquez
Un pase de pecho con la izquierda de Pepe Luis

BELMONTE, PEPE LUIS Y CANITAS

El torero de Méjico, paseado en hombros por el ruedo

El picador Llona, herido, pasa por su pie a la enfermería (Fotos. Samol)





Rafael González, Machaquito, en una fotografía durante la temporada de 1911

¿Pero qué suponía esto ante la satisfacción experimentada por las aclamaciones, los parabienes, los pasodobles a él dedicados con letrillas encomiásticas y las muestras de extrañeza de los mismos adversarios, que no sabían cómo se las había arreglado aquel torero torpe para escalar las alturas y mantenerse en un pedestal sólido?

¿Que cómo se las había arreglado? Revelando que era todo un carácter.

En el mundillo de los toros es cosa harto incómoda para algunos toreros anticiparse en la previsión de ciertos aficionados o en la interpretación de los síntomas, porque ello obliga a un estado de perpetua discrepancia e impide abrir un margen suficiente a las posibilidades. Machaquito se colocó pronto en un codiciado puesto, y cuantos negaronle en un principio, o habían dado largas a la probabilidad de que en dicho lugar se situara, representaban uno de tantos casos de terquedad como los que están condensados en estos cuatro versos de «Las mocedades del Cid»:

«Procure siempre acertalla
el honrado y principal;
pero si la acierta mal,
dejendalla y no enmendalla.»

¿No es curioso que, sin haber sido machaquistas, tengamos que expresarnos de esta manera?

Es que los años, ¡ay!, han ido posando los hechos, éstos se hallan ya en la lejanía que requiere la perspectiva histórica y el tiempo que ha pasado nos permite verlos con serenidad.

Hemos dado a entender que en la ejecución del volapié de Machaquito había una pintura fuerte y varonil, ya que no creadora; carecía de la perfección y la plasticidad del practicado por el Algabeño, porque Rafael González no salía tan limpiamente como José García por el costillar, y en esto, y en el tan ascendido «paso atrás», se apoyaban sus eternos censores para regatearle méritos.



podido olvidar una faena que le vino en Santander el 22 de julio de 1906; mano a mano con Bombita, estoqueó toros de Miura, unos Miuras largos, grandes, galgueros, con cuellos como acordeones, patas duras y defensas pavorosas; estuvo llevando durante la corrida y al final quedó convertido el ruedo en un lodazal, por lo que Rafael se despojó de las zapatillas para muletear al sexto. El temporal había degenerado en tormenta; brillaban los relámpagos y el fragor de los truenos era incesante mientras el arrojado espada se estrechaba más y más con el temible enemigo; tres veces entró a matar a éste, y en otros tantos pinchazos salió empuntado apa-

Machaquito, acompañado de Cocherito de Bilbao, en una de las ocasiones en que los toreros actuaron mano a mano. — A la izquierda, Rafael González, con su esposa y sus dos hijos.

ratosamente por el pecho; al fin, lleno de sangre y de lodo, se volcó sobre el morrillo para dejar una estocada tremebunda que hizo rodar a la fiera, y el público, calado hasta los huesos, arrojó los paraguas y tributó al intrépido matador una ovación tan emocionante como la faena que acababa de presenciar.

En tal año 1906 figuró en sesenta y cinco corridas y mató 161 toros, 98 de los cuales murieron de una sola estocada cada uno.

Y contra la negación de los eternos adversarios —que si era un suicida, que si su valentía era ficticia, que lo que le valía era la suerte, que si patatín o si patatán—, Don

Modesto, gran jugador de la hipérbole, que había hecho a Bombita papa de la iglesia taurina, nombró en aquella temporada a Rafael, cardenal camarlero del toreo.

El 3 de noviembre del expresado año contrajo matrimonio en Cartagena con la señorita Angeles Clementsón, y poco después de empezar la siguiente temporada, la de 1907, presenciamos en Bilbao una de sus tardes más desgraciadas, al verle estoquear reses de Miura con Antonio Fuentes. Fué con fecha 2 de mayo, y ambos espadas estuvieron con los temibles miureños francamente desmoralizados. Hubo broncas, avisos, denuestos y actitudes airadas. ¿Dónde estaba la vergüenza torera de Machaquito? En Madrid la encontró éste ocho días después. Como la mancha de la mora con otra verde se quita y a él no se le cocía el pan hasta enfrentarse nuevamente con otro Miura, con fecha 9 escribió en la madrileña Plaza una de las páginas más brillantes de su historia. Fuentes, Bombita, Cocherito y él estoquearon ocho toros de don Eduardo, y al tercero de la tarde, llamado Barbero, después de pechos y ceñidísimos pases, le recetó uno de los volapiés más grandes que pueden concebirse, no sin dejarse la pechera de la camisa en el pitón derecho de la res.

Entonces fué cuando Don Modesto publicó en *El Liberal* una carta abierta, dirigida al ilustre don Mariano Benlliure, y sensible éste a los estímulos del popular cronista, modeló «La estocada de la tarde», perpetuando así aquel bizarro gesto del bravo espada cordobés.

Dos percances sufrió éste en tal año: uno, por un Miura —siempre los Miuras!—, en Algeciras, el 10 de junio, y otro, francamente grave, en Tomellico, el 17 de septiembre, por un toro de Romualdo Jiménez, que le hizo perder las corridas que le quedaban por torear en aquel año: Esta fué la doble causa de que no toreara más que sesenta.

A todo esto, y como demostración de su afán por dominar todos los tercios de la lidia, se fué soltando como banderillero, y la suerte del quie-



En el año 1909, en la corrida de Beneficencia celebrada en Madrid, Machaquito recibe las ovaciones del público

MACHAQUITO

(Continuación)

LA faena de Rafael fué de las llamadas emocionantes, coronada con una estocada magífica, que le valió la ovación consiguiente, y entonces dijo Estraña:

—Don Benito, hay que tirarle algo a Rafael.

—Pues qué, ¿tan mal lo ha hecho?

—Quiero decir que hay que tirarle un regalo cuando venga a saludar y recoger la montera.

—¿Y qué le tiro yo? ¿Como no sea un pitillo!...

—Tome usted, arrójele esta cajita con lazos de color de rosa—dijo, entregándole una que llevó preparada al efecto.

—¿Qué hay aquí?

—Ya lo verá usted cuando lo pida el público.

Y cuando la gente empezó a gritar: «¡Que se vea!», fué cuando Galdós se enteró de que había regalado al valiente espada cordobés una petaca de piel de Rusia, con su firma y rúbrica en relieve de oro.

V

En la temporada de 1905 continuó Machaquito tropezando con los pitones, saliendo por la cara de los toros, rebotado al herir, dejándose rasgar la pechera de las camisas y poniendo en riesgo su vida, y como tales alardes tienen sus consiguientes quiebras, el día 20 de abril le cogió en Murcia un toro de Miura al darle una gran estocada y le produjo en la mano izquierda una herida que le impidió torear durante un mes. Por eso no tomó parte más que en cincuenta y tres corridas.

Si, a Machaquito, aunque menos de lo que era de esperar, también le herían los toros,

Pero ganaba a todos en emoción, en lo que a tan alto precio se cotizaba entonces, y singularmente cuando entraba a matar en tablas —donde tanto pesaban aquellos toros de antes—, la agitación del ánimo en los espectadores subía a su grado más alto.

(Remitimos al lector al sustancioso artículo «Un volapié en tablas», de Díaz Cañabate, insertado en el número 61 de **EL RUIDO**).

Machaquito había tomado conciencia de su dirección y de su empuje, y al romper desde un principio el círculo de sus limitaciones y ensanchar su ánimo para que en él cupieran con holgura todas las vicisitudes que le salieran al paso, fué manteniéndose sin desmayos la ejecutoria de la anociada producción al matar, suerte que a veces revestía en él un patetismo impresionante.

Jamás hemos



El torero cordobés entrando a matar en tablas



Machaquito, según un cuadro debido al pincel de Roberto Domingo



EL ULTIMO MATADOR del SIGLO XIX

Por DON VENTURA

bro, sobre todo, llegó a ejecutarla muy lucidamente.

A propósito de las banderillas, se registró en Salamanca un conato de disgusto entre él y Bombita, el día 12 de septiembre, al lidiar toros de Pablo Romero: ambos espadas habían estado mal en los cuatro primeros astados; Bombita logró congraciarse con el público

en el quinto; al salir el sexto, creyó ver en él Ma a c haquito con o n d icione s para desquitarse del fracaso, cogió las banderillas y puso al quiebro un par magnífico. Quiso Ricardo parear t a m - bién; pero Rafael le indicó que le dejara solo y clavó otro par al quiebro, igualmente superior; insistió Bombita en la petición, y nuevamente le desoyó Rafael al quebrar el par tercero con igual éxito.

Censuraronle algunos periódicos a que l desaire y hasta hablaron de su mala educa-

ción; denostaronle varios amigos de Bombita y trataron de enemistar a los dos toreros; pero no lograron lo que se proponían. A ningún fécuro de mala ley había apelado el cordobés, pues tratándose de un toro suyo tenía libertad para hacer lo que estimara conveniente.

En el año 1908 fueron también sesenta las corridas toreadas, pero pudieron ser veinte más sin estos dos accidentes: el 18 de mayo, en la Plaza de Baeza, un toro de Castellones le dió una cornada en la región glútea que le impidió torear durante un mes; y el 26 de agosto, en Bilbao, le hirió un toro de Parladé en el muslo derecho y estuvo otro mes inactivo por tal percance.

Su voluntad, su afición, sus buenos deseos, seguían sin relajarse; mantenía enhiesto su pabellón de primera figura; pero justo será decir que en aquel año 1908 —acaso por recordar las heridas que venía sufriendo— no tuvo tantos éxitos como en las anteriores temporadas, y sus nervios, siempre en tensión cuando estaba en la Plaza, le descompusieron con alguna frecuencia.

No obstante, jamás dejó de manifestar el amor propio que le distinguía. Véase un botón de muestra: el 11 de octubre fué a Barcelona para torear reses de Arriles, con Bombita, Rafael el Gallo y Cocherito; iniciada por entonces la rivalidad artística entre el primero y el segundo, la afición barcelonesa no se ocupaba más que de Bombita y el Gallo, y antes de la corrida solemnemente se hablaba de ellos. ¿Quiénes eran en el cartel el de Córdoba y el de Bilbao? En concepto de algunos, dos figuras de relleno! (S, sí, de relleno!

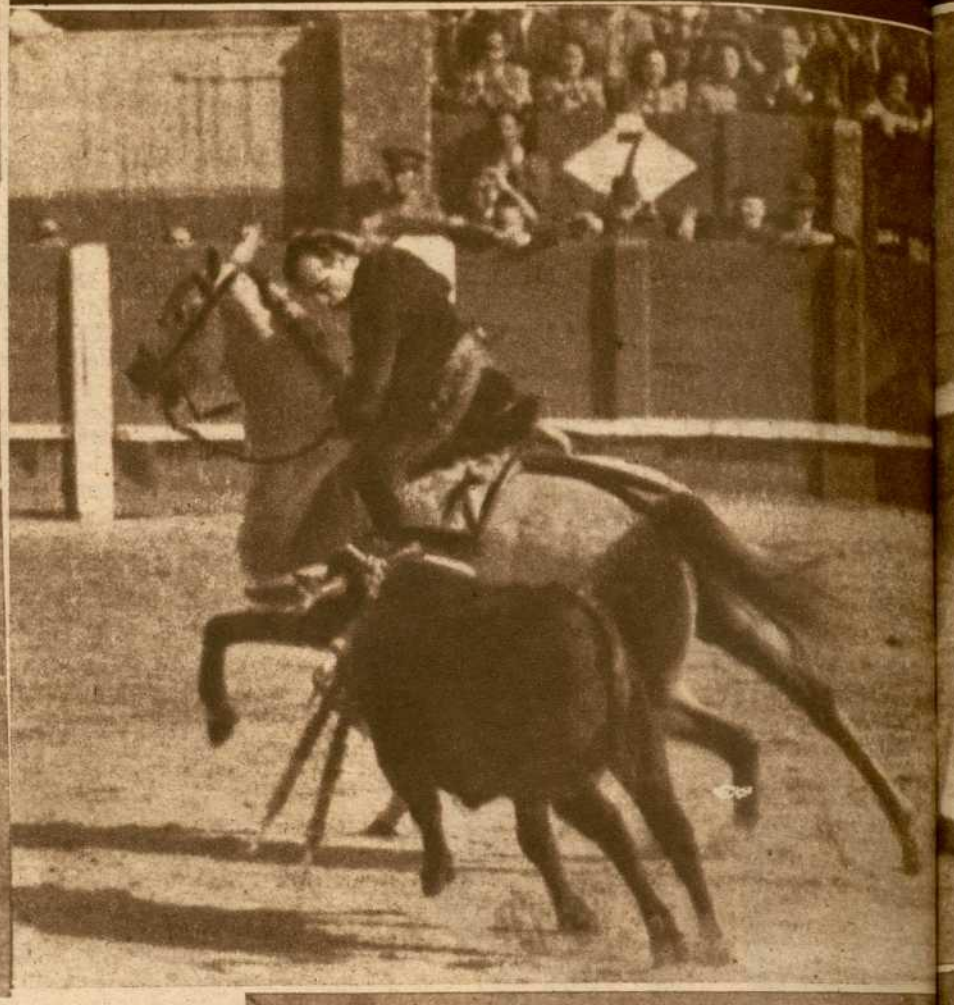
(Continuará)

PRIMERA DE FERIA

Siete de Samuel Flores para DOMECQ, EL CHONI, ROVIRA Y PARRITA



TOROS EN L



**LA NOVILLADA DEL MARTES
CUATRO DE SAMUEL FLORES
Y TRES DE HIDALGO**

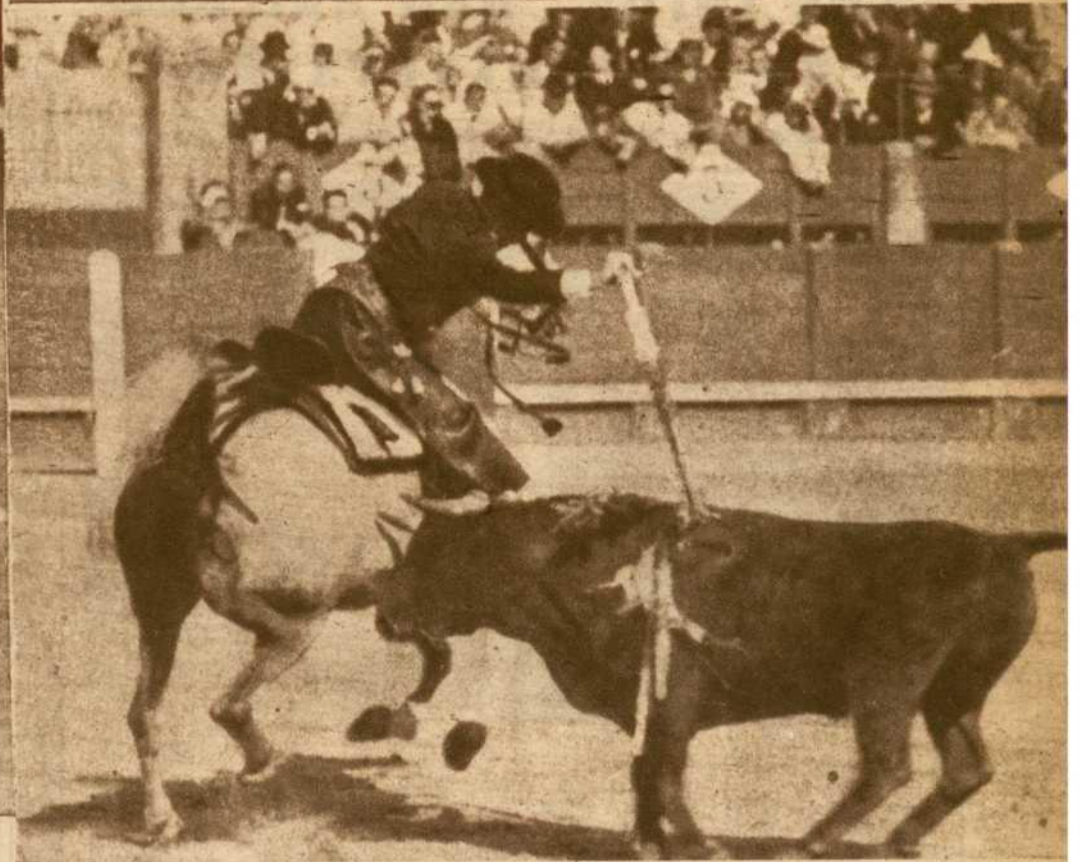
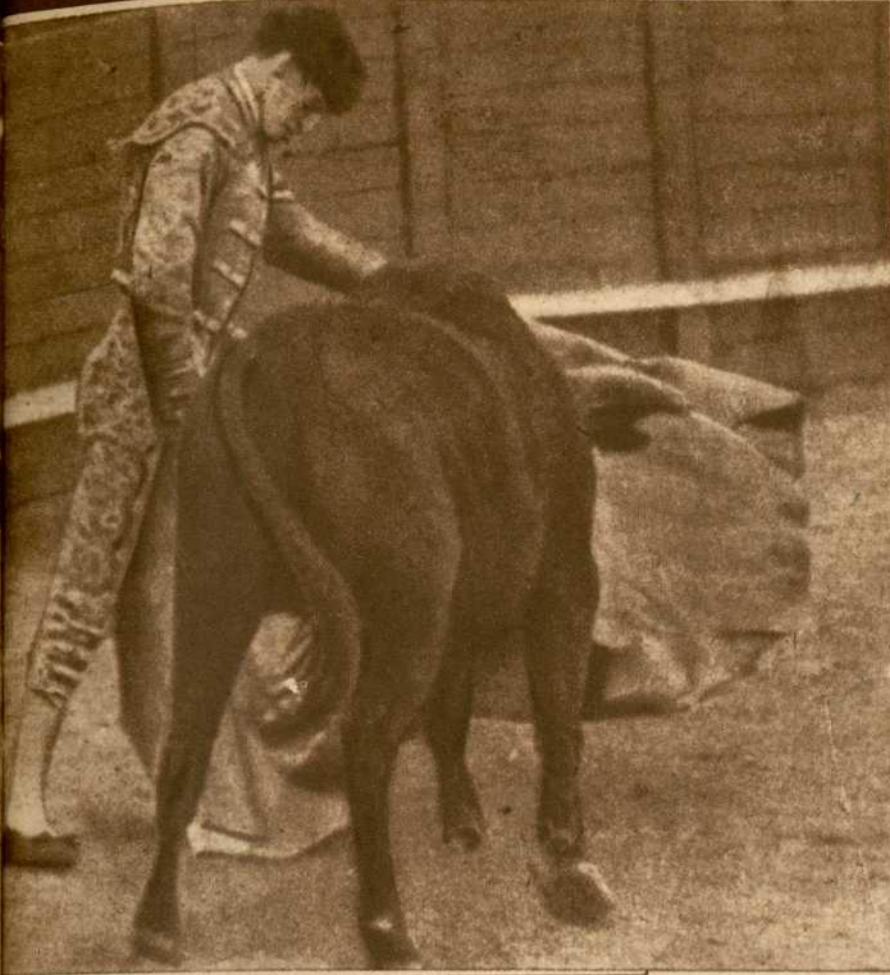
Arriba, a la izquierda: El Choni, en un muletazo en redondo, en la primera corrida de feria de La Coruña. En el centro: Parrita comienza la faena de muleta con un pase por alto. — Abajo: El argentino Rovira en el momento de entrar a matar a su primer toro. — Arriba, a la derecha: El caballista jerezano Alvaro Domecq, después de clavar un par de banderillas, juega con el toro a pocos centímetros de sus astas



Liceaga, en un pase con las dos rodillas en tierra. — Abajo: La rejoneadora portuguesa Marimem Ciarnar intenta clavar un rejón



Siete de Hidalgo para **DOMECQ, CAÑITAS, ANDALUZ y ROVIRA**

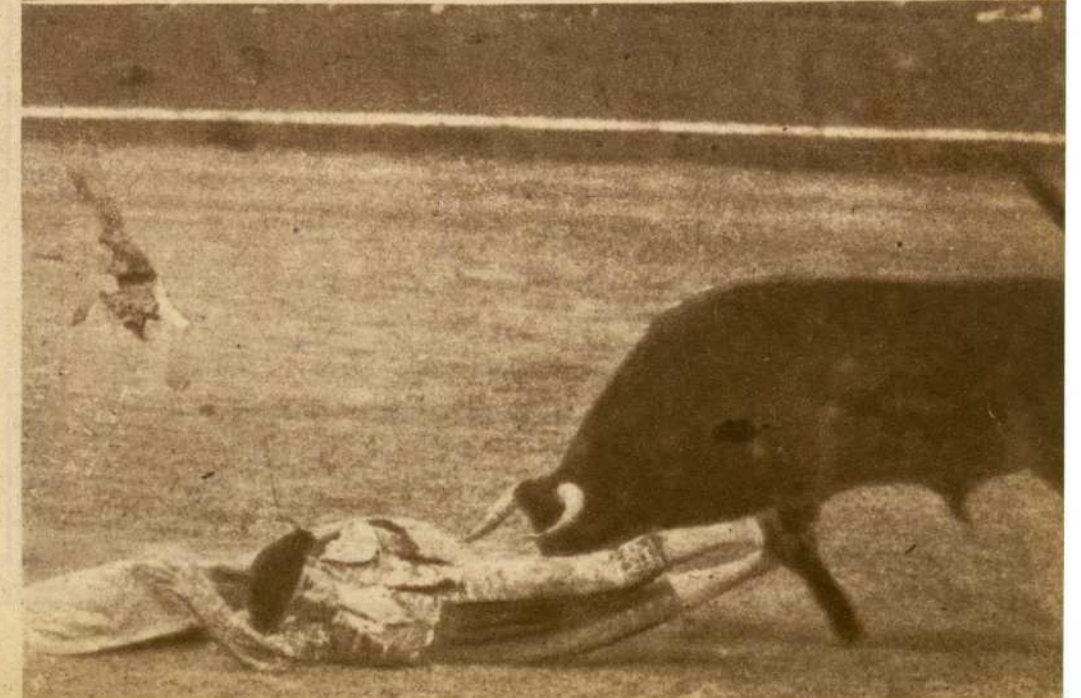
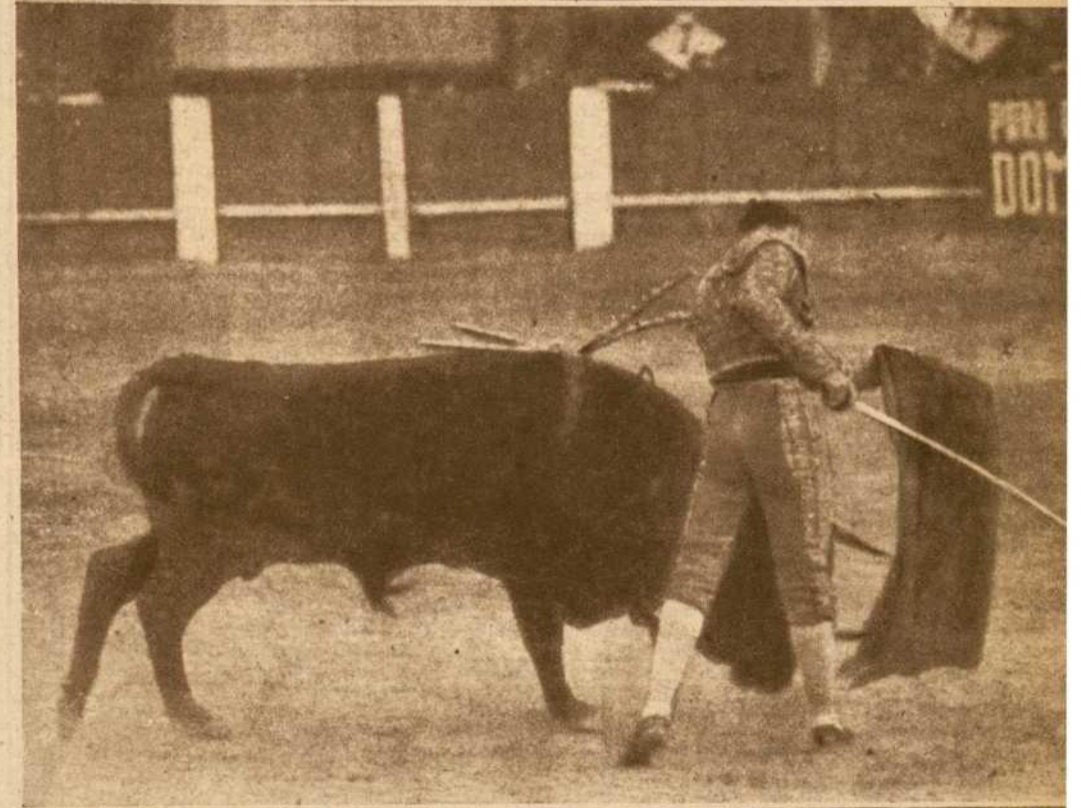


ARIMEN CIAMAR, LICEAGA, VITO y DIAMANTINO VIZEU



El novillero portugués Diamantino Vizeu en un pase por alto. — Abajo: Momento de la cogida de Vito por su primer novillo (Fotos Mari)

Arriba, a la izquierda: El argentino Rovira, en un lance a la verónica, durante su actuación en la segunda corrida de feria. — Arriba, a la derecha: Alvaro Domecq colocando un magnífico par de banderillas. En el centro: El Andaluz inicia un pase de pecho en el toro en que triunfó ruidosamente. — Abajo: Cañitas, que también cortó oreja, resultó cogido, afortunadamente sin importancia. He aquí el momento en que el toro intenta cornearle



JOSE MARIA DE COSSIO, CONFERENCIANTE

Los toros "han entrado" en la Universidad



La Universidad de Verano de Jaca ha escuchado con respeto y complacencia la palabra correctísima y amena de ese amplio, concienzudo y vario erudito que se llama José María de Cossío, quien con garbo y donaire no ha titubeado en "meter los toros" —esto es, los temas relacionados con la fiesta española, tan nuestra— en un centro de elevada cultura, sin esquivarlos ni dárles el quiebro, como hicieron tantos escritores de épocas no muy lejanas, sino, al contrario, a cara descubierta y sin sonrojos, colocando sobre la mesa de conferenciante, como si lo fuera de disección, unos estudios que tiene hechos con profundidad y cariño de auténtico aficionado, y sin rubores pasados de moda, como los sentían esos escritores aludidos de tiempos pretéritos, que, al rozar el tema taurino en sus artículos, lo hacían "sin que se enterasen en casa".

No sé con certeza si es la primera vez que un conferenciante lleva su palabra y sus estudios a unas lecciones universitarias; lecciones, desde luego, de elevado tono, ante un auditorio selecto y correctísimo, no compuesto, ni con mucho, de exclusivos "aficionados"; antes bien, pienso que integrado en su mayoría por indiferentes, y aun con la presencia de algún detractor del espectáculo. Pienso que si es la primera, y abierta queda la brecha para que se cite el antecedente; mas si alguien dijera que otro conferenciante ya lo sentó, pasaría por su palabra.

En tres mañanas del mes de julio —las de los días 16, 19 y 23—, a la vista del bello y varonil paisaje pirenaico, José María de Cossío, en el salón de actos de la Residencia, desarrolló los temas de los toros en la poesía, la novela y el teatro españoles, respectivamente, con esa facilidad del que conoce un tema profundamente y con ese bien decir del que dispone de la palabra castellana exacta en cada instante.

El guión de las charlas fué tomado por Cossío de otros tantos capítulos del segundo tomo —será el tercero en orden de publicación— de su monumental obra *Los toros*, que tan de lleno ha entrado en los lectores y aficionados en general, que, al referirse a la misma, ya no la denominan *Los toros*, sino, simplemente, *el Cossío*. Pues bien: de ese segundo tomo —de aparición inmediata— han surgido las tres interesantísimas lecciones —que es palabra que va mejor al local que la de charla o conferencia—, en las que "el profesor" agotó el tema de nuestra fiesta en su relación con la poesía, la novela y el teatro, hasta llegar a la conclusión, expuesta en las últimas palabras de la lección tercera, de que los toros aparecen en todos los instantes de nuestra historia literaria en cuanto la literatura no obedece a influencias extrañas.

Profundo conocedor de la poesía española en todas sus épocas, amante de ella, evidenciado en su conferencia primera que ni un solo verso en que se aluda a una fiesta de toros, en su forma primitiva, o al toro simplemente, se había escapado al lector afanoso. Con la declaración final de que se hacía responsable, en los tiempos modernos, de haber inclinado a los poetas al tema taurino con notoria frecuencia, e incluso a la asistencia al espectáculo. Sobrarian ejemplos, que resultarían ociosos para los lectores medianamente eruditos.

La misma suficiencia demostró al relacionar el tema de los toros con la novelística nacional, a partir del *Tirante el Blanco*, cuando describe una fiesta taurina nada menos que en Constantinopla. E igualmente al hablar del teatro, no sólo en la enumeración y comentario de aquellas obras en las que el tema de los toros es el principal argumento de la zarzuela o el drama, sino en aquellas obras —tantas y tantas— en las que la fiesta nacional aparece sólo en lo epigráfico de una frase o de un personaje.

Dignamente, pues, "los toros" han entrado en la Universidad, sin achabancamientos, mas sin rehuir lo técnico y afirmativo del aficionado que se complace en el estudio de la fiesta. Y es en este momento —y en estas líneas, que apenas pretenden ser otra cosa que una gaceta para uso de futuros confeccionadores de anuarios de la temporada que corre— cuando quiero traer el recuerdo de cierto sucedido, que conoço gracias al mismo Cossío, referido hace tiempo. Y el sucedido es como cierto novillero casi actual, al estar emparejado con un empleado de la Universidad Central y vivir en el edificio de ella, cuando toreaba en la Plaza de Madrid, por la misma puerta por la que salían a diario los estudiantes, futuros sabios y hombres de carrera, salía a su vez el novillero con el terno de luces. ¡Qué ocasión se perdieron los extranjeros creadores de la española para fotografiar una de aquellas salidas y hacer creer por tierras lejanas que nuestros estudiantes asistían a sus clases con el vestido de los "toreadores"!

¿Alguna relación del sucedido a que me refiero con las conferencias culturales de José María de Cossío en la Universidad de Verano de Jaca? No y sí. Si, en cuanto ya se puede decir que, en alguna ocasión, de una Universidad "salió" un torero. Y no, en cuanto lo hecho ahora por José María de Cossío ha sido "meter los toros" en la Universidad; pero a través de un tema nuevo o poco estudiado, en tres lecciones de la mayor elevación y cultura. Para gusto y paladeo de aficionados, indiferentes y aun contradictores. Que de alguno de estos últimos escuché el elogio más desinteresado y más valioso por infrecuente.

DON INDALECIO

EN LA FINCA DE NAVALCAIRE

Intelectuales y artistas de cara a la fiesta de toros



Fué un día en Navalcaire. A pleno sol y a pleno aire de sierra. En medio del campo, que es donde el toro sigue siendo un animal solemne y de gallardía única, y donde el torero se olvida a veces de que es profesional y siente renacer en él su antigua condición de aficionado, de enamorado de la fiesta.

Salían las becerras bravas y juguetonas, y el dueño de la finca se complacía en ir tejiendo frente a ellas la teoría maravillosa de la suavidad y el temple en el toro.

Y al conjuro de la belleza de ese juego —riesgo y estética de la pugna entre el hombre y el astado—, escritores y artistas que asistían al acto sintieron en sus venas la comexión de medir los latidos de sus corazones con la brusca embestida de las reses.

De cómo lo realizaron son buena prueba las fotos que reproducimos, en las que, de arriba abajo, aparecen: Domingo Ortega; Ortega y Gasset presenciando la Edición; un muletazo de Luis Calvo; Sánchez Camargo toreando con la derecha, y un grupo constituido por Valero, Vila, Corrochano y Sebastián Miranda; todos prendidos en el embrujo de la fiesta de toros, cuando la fiesta es pura, como el marco campero que rodeaba a ésta...

MIENTRAS LE TRAZO SU PERFIL...

ALFREDO MARQUERIE NOS HABLA DEL TEMA TAURINO EN EL TEATRO

Y dice que la gran comedia taurina de nuestro tiempo aun no ha sido escrita



Alfredo Marquerie, no sólo se limita a sus funciones de crítica teatral. Su inquieto personalidad siempre busca nuevas rutas. Hele aquí durante una conferencia sobre el cine

Con temblorosa mano hemos trazado las líneas que siguen. No ha sido el temor ni la debilidad los que han ocasionado este temblor. Ha sido un taxi, con su traqueteo, el que dió a nuestro pulso semejante ritmo de zigzag. A la vuelta de una reunión con Gustavo Re y Miriam Tcheowa, Alfredo Marquerie y yo hemos coincidido en el interior de un automóvil. Inmediatamente le hemos lanzado el dardo de una pregunta. La respuesta ha sido rápida, y, por ello, rápidamente también hemos trazado sobre la mesa de nuestras rodillas, en un papel y con la estilográfica de Menéndez Chacón, que también, por una de esas raras casualidades del destino, coincidió dentro del mismo vehículo, las líneas que siguen:

—¿Qué opina usted, don Alfredo, del tema taurino en nuestro teatro?

—Lo difícil en nuestro teatro —ha contestado el señor Marquerie, en el instante en que el taxi discurría por la Carrera de San Jerónimo— es llevar el toro a la escena. No hay ninguna obra teatral hasta ahora, por lo menos entre las que conozco, que se haya atrevido a eso. Todas se han

—Dentro de una hora estaré en el «Nodo» —nos dice—. Y con voz autoritaria dice al mecánico:

—¡Mecánico! ¡Lléveme a las oficinas del «Nodo»!

Quedamos en la calzada viendo alejarse al vehículo. Cae el sol de plano y el aire tiene vaharadas de asfalto líquido. Las hojas de las acacias relucen angustiosamente bajo los rayos casi agostenos.

Una hora después nos hallamos nuevamente frente a don Alfredo Marquerie. Es en el despacho de don Alberto Reig donde los encontramos. Sacamos el lápiz para trazar el perfil del ilustre crítico teatral, y con la primera línea de su rostro coincide nuestra pregunta:

—¿Cree usted que el verdadero tema taurino aun no ha sido llevado al teatro?

—Lo que a mí me interesa decir es que estamos hartos ya de que se explote el tópico hasta la saciedad, que ya es hora de hacer desaparecer de nuestros escenarios diestros cortados con arreglo al mismo patrón y figurín, que se comportan siempre de la misma manera, que dicen siempre las mismas cosas y que se ven metidos siempre en los mismos conflictos, rodeados de idénticos personajes. El patio andaluz, la reja, la tarde triunfal, la escena con la primera dama...

—¿No cree usted que haya habido nadie que haya sabido calar y ahondar en el tema taurino?

—El único fué Federico Oliver, en «Los semidioses», porque tomó como motivo central de su comedia el fenómeno de la afición y de sus excesos, y le dió a la obra una ambición y una intención profundamente social, de auténtica interpretación del temario ibérico.

El día de Marquerie no tiene reposo. El trabajo en su despacho y la lectura de la correspondencia ocupan gran parte de sus veinticuatro horas.



limitado a reproducir, con más o menos tío-taurinas, pero ninguna ha sido capaz de presentar en un escenario un toro

de verdad que embistiera a los bastidores, que rasgara el telón del foro y que acometiera, resoplando, al don Tancredo del apuntador, convertido en cabeza de ventrilocuo dentro de su óncha.

Tras esta briosa iniciación, el señor Marquerie mira de reojo al contador del taxi. Luego prosigue:

—Todas las comedias que de un modo directo o indirecto abordan el tema taurino, se centran en la figura del torero.

Y dando a sus declaraciones un patético tono, ha añadido:

—Uras nos muestran al diestro en sus comienzos penosos, cuando se escapa de casa y se va a las capeas, con gran desesperación de su familia y de esa chavalilla que desde el principio cree en él, y que luego, cuando el torero es ya un fenómeno, será «el otro término amoroso» del triángulo cuyo tercer lado lo trazan la señorita o la arisócrata que se quieren casar con el fenómeno...

Ha llegado el taxi a su destino, y Marquerie prosigue derramando el chorro de sus declaraciones en nuestro oído.

También abundan en estas sedicentes comedias taurinas: la escena sentimental a base de la novia o de la madre, que rezan mientras el torero está en la Plaza jugando entre la vida y la muerte; y el apoderado gracioso; y los amigos adulones; y los que le acompañan en momentos de gloria; y los que se apartan de él en los instantes de infortunio...

Pero el contador sigue corriendo y decidimos despedirnos de don Alfredo, no sin antes decirle:

—¿Dónde continuamos esta charla?



Nuestro dibujo ya está terminado y Marquerie sigue hablando, hablando...

—¿Cuál es el error fundamental en que incurren los autores al tratar el tema taurino?

—Como no puede el teatro dar una imagen directa y fiel del gran espectáculo que son los toros, los comediógrafos se limitan a ofrecernos un reflejo indirecto de las corridas, presentándonos la puerta cerrada de un pabellón o la de entrada al tendido tras las que se escuchan las ovaciones o los silbidos que firgen los comparsas a las órdenes del segundo apunte.

—La lista de las comedias que han tocado o rozado el tema taurino —prosigue diciendo— sería larguísima. Con ligeras variantes, casi todas, o todas, inciden en los mismos defectos y tópicos.

Esto no quiere decir que el tema de los toros no pueda ni deba ser llevado al teatro. Pero para ello hace falta que lo afronte y lo resuelva un autor con positivas dotes de imaginación, de originalidad y de valentía, un autor que sepa extraer la tremenda raíz humana y literaria que existe en este asunto. Tengo entendido que Agustín de Foxá sentía desde hace tiempo este anhelo, y en cierta ocasión me habló de la posible biografía teatral de «Gallito». Si Foxá no fuera, además de un gran poeta, un gran perezoso, un vago genial, tal vez la gran comedia taurina de nuestro tiempo, y en verso además, ya hubiese sido escrita.

En un reloj lejano suenan siete campanadas.

FEDERICO GALINDO

TEMAS TAURINOS

DEL CAMBIO, DEL QUIEBRO Y DE OTRAS COSAS

te: hay cambio cuando se marca la salida por un lado y luego se da por el otro. Y digo que esta definición es casi buena, y no buena del todo, porque que donde se escribe que la salida se marca por un lado sólo hubiera escrito que se indica. El diestro no marca al toro más salida que la que le da, y no le da dos, sino la última tan sólo, con la que le da el pido y le hace pasar. Pongamos un ejemplo: cuando el torero en la rectitud del toro, en el tercio que es donde se torea mejor y se debe torear a los toros normales, cita al enemigo teniendo a la izquierda las tablas y la muleta desplegada en la mano del mismo lado. La posición es la del pase natural: pero ningún entendido pensará jamás que el diestro vaya a ejecutar ese lance, porque a nadie se le ocurre que ante un toro normal se empuje una faena en el tercio para darles los cadentros. El toro arranca, sin que le marque todavía salida ninguna, hacia el engaño que le llama, y pues que la muleta está a la izquierda del cuerpo del toro, y hacia el trapo va el astado, su viaje será generalmente oblicuo, de izquierda a derecha, puesto que está de frente al diestro. Un momento antes inmediatamente antes de que el enemigo llegue a la jurisdicción, a lo que se llama el centro de la suerte, el torero, para centrarlo precisamente, adelantará la muleta, y con un movimiento de muñeca la colocará en posición inversa a la que tenía en el cita y cuando el toro la tome lo despedirá por el lado derecho, cambiándole el viaje. El torero también habrá cambiado el pase, pues lo que indicaba por la posición, sin marcar salida alguna, un pase natural, se habrá convertido al dar la salida en un pase de pecho. Por eso este cambio, que cambia doble es del toro y del torero, se llama también pase cambiado. Claro está que puede tener que darse

por forzada obligación, no ya premeditadamente al iniciar la faena, sino durante ella, porque por una colada del toro haga falta cambiarse de lado. Y aquí no se puede hablar de quiebro, basándose en que el toro quiebra su viaje, porque la palabra quiebro ha de referirse siempre sólo al torero, en el sentido que la palabra tiene en el Diccionario: «Adaptación que se hace con el cuerpo como quebrándolo por la cintura. Lance o suerte con que el torero levanta el cuerpo con rápido movimiento al embestir el toro». En resumidas cuentas, el quiebro es un regate, y en el lance que acabamos de describir, aunque el torero adelante la pierna de la salida y doble la cintura, no es con el movimiento del cuerpo, sino con el movimiento del trapo, con lo que cambia el lance y despide al toro. Con la muleta y con el capote, en el antiguo cambio de rodillas que se hacía cogiendo con la mano contraria, a la salida el capote por la esclavina; y así también en la larga cambiada de Dominguín, con las rodillas en tierra, en que el trapo, al ondular, pasa de un hombro al otro para dar salida, cambiando el viaje del toro y cambiando el lance, hay eso precisamente, cambio y nunca quiebro.

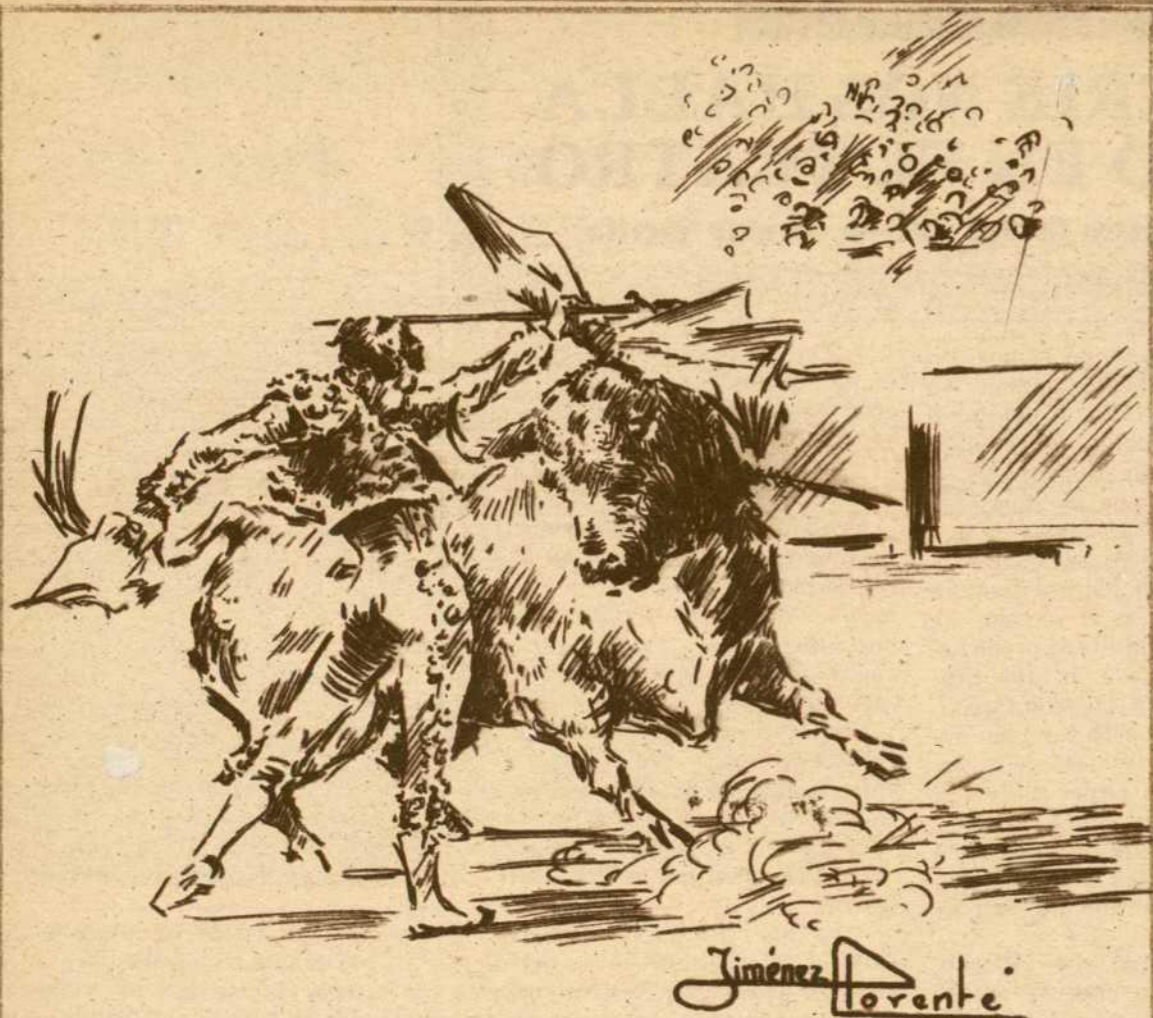
Por el contrario, en la suerte de banderillas, en que se espera a pie firme, no hay nunca cambio, sino quiebro. El diestro no tiene engaño ninguno en las manos: ha citado de frente, con el cuerpo, y sólo con el movimiento del cuerpo, doblando la cintura y adelantando la pierna, abriendo el compás, porque de otra forma, con los pies juntos, no hay quiebro, sino doble por la cintura ante un toro sin caerse, engaña al enemigo, indicándole que va a irse por un lado, y luego, con un regate, se va por el otro. Más o menos abierto el paso, mayor o menor el movimiento del banderillero, lo que éste hace es siempre un

quiebro, y es una corruptela llamar por el cambio de dicha suerte. Al banderillar se pueden cambiar los terrenos y cambiar el viaje en las suertes que se ejecuten corriendo hacia el toro: se cambian los terrenos cuando el diestro va de las tablas hacia los medios y el toro pasa de los medios a las tablas, porque cada uno abandona su

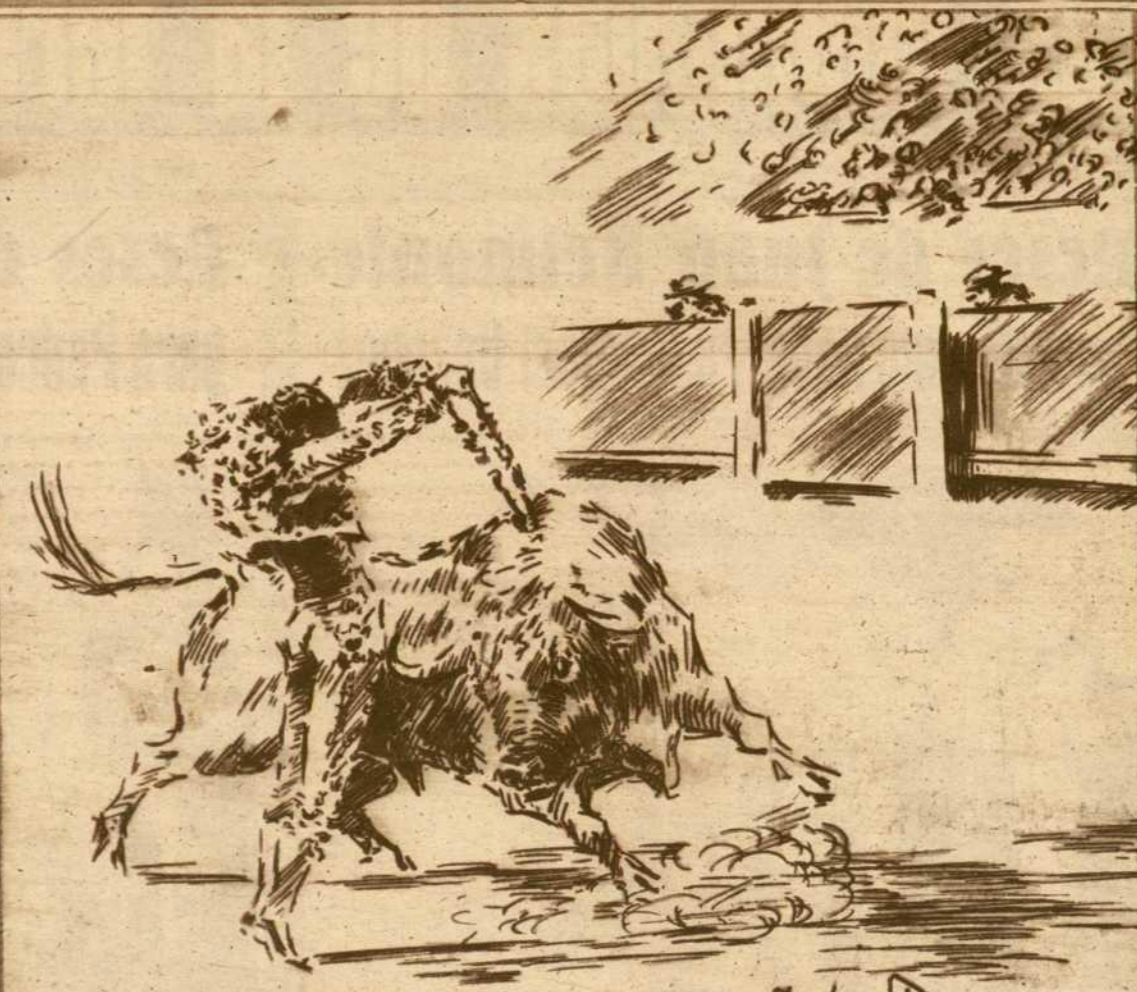
terreno normal para tomar el otro, y se cambia el viaje cuando por ir el toro vencido y no poder pasarlo tiene el diestro tiempo de torcer su propio camino y banderillar por el lado contrario que pensaba. Mientras el torero espere a pie firme, aun en el llamado por a tope carnero, habrá quiebro, regate y no cambio. Si mucho apuramos el razonamiento y la reflexión, en todo par de banderillas hay algo así como un quiebro, porque sólo con un regate logra el torero salirse del embroque.

¿Puede haber quiebro con la muleta? Algunos tratadistas antiguos han llamado equivocadamente quiebro de muleta al acto de vaciar con ella el matador en el momento de herir. Es absolutamente falso, porque el quiebro desviaría al toro y el espada tendría que herir sin fuerza, con el brazo suelto, o se exponería sin remedio a dar estocadas atravesadas, puesto que con el quiebro de muleta atravesaba al toro delante de él. El diestro cruza porque pasa y hace pasar al toro; pero no da quiebro ninguno, porque no puede variar la rectitud del viaje del toro y la rectitud de su brazo al herir, ya que el cuerpo de la res y el acero han de estar necesariamente, para el buen resultado de la estocada, en un mismo plano vertical. ¿Y el cambio a muleta plegada de Antoñito Bienvenida, es en realidad un cambio? Yo tengo para mí que no; porque la muleta plegada no es suficiente engaño para desviar al toro, y la suerte se consigue por el movimiento del cuerpo del torero, que avanza la pierna de la salida y dobla la cintura en la misma forma que en la suerte de banderillas, con la dificultad además de no herir al toro y de no tener palos en que apoyarse para cumplir el regate. En ese quiebro de muleta, ésta es un simple adorno, no un engaño

FELIPE SASSONE



Jiménez Lorente

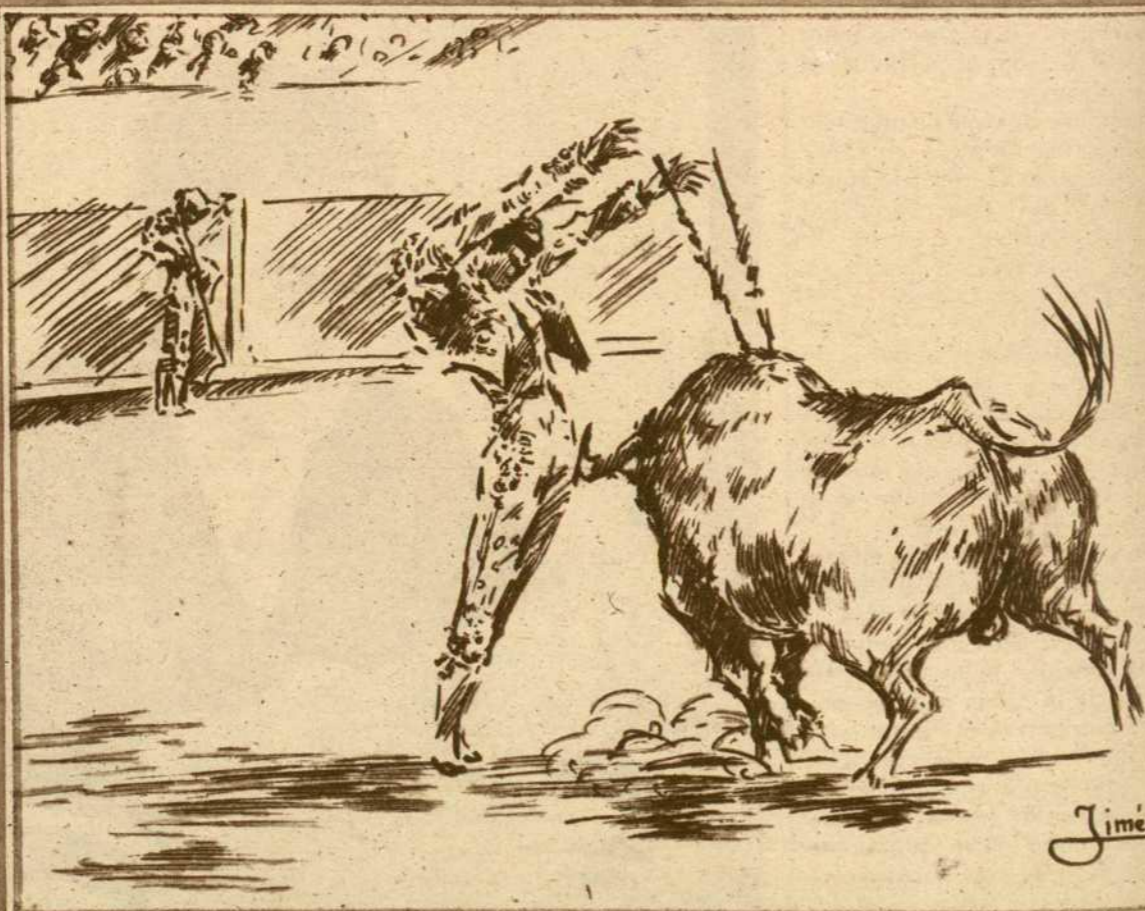


Jiménez Lorente

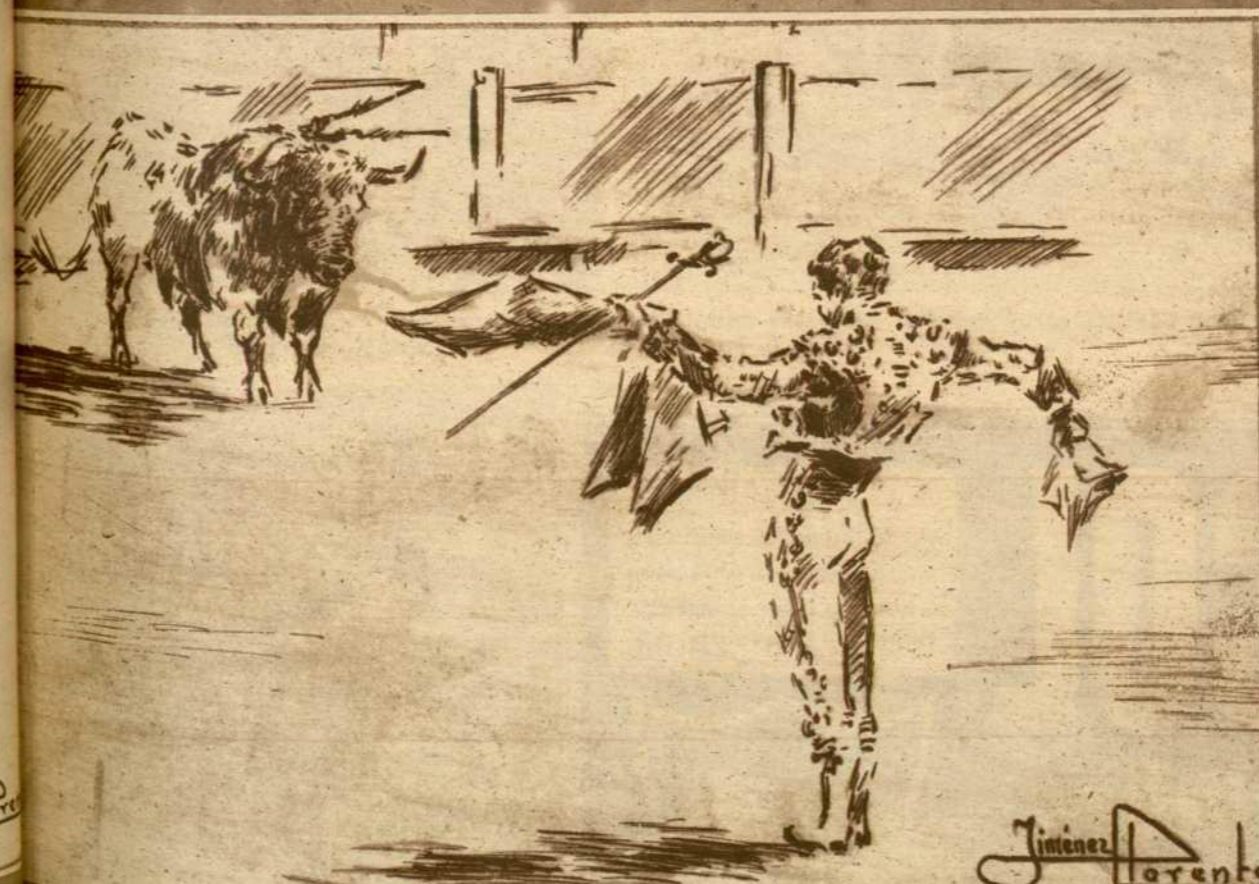
UN día, Luis Miguel, de los Dominguines, último por ahora de una prole torera, que del progenitor había escuchado la tradición oral de suertes olvidadas, se fué a porta gayola, hincó las dos rodillas en tierra y, con el capote en una mano, se dispuso a esperar lo que saliera del toril. Otro día, Antoñito Bienvenida, todavía de más antigua casta, alumno de una clásica escuela, salió con la muleta plegada en la mano izquierda para aguardear, sin desplegarla, la acometida de su enemigo. Una tarde de sol y otras, los matadores, que, compitiendo entre ellos, nos regalaban la suerte de banderillas, se acordaron de que podían aguardar la arrancada del enemigo a pie firme, y aun sentados en una silla, bien en la comodidad del tercio, bien al fácil abrigo de las tablas, y hasta en los medios, donde el peligro y la dificultad acrecen el mérito. El primero, siquier fuese de rodillas, como si quisiera pedir perdón a los que por demasiado nuevos le tildasen de reaccionario, resucitaba el buen toreo a una mano. El segundo rompía la monotonía de iniciar todas las faenas de muleta sin querer cumplir la obligación de ir a buscar al toro donde estuviese, con el pase ayudado por alto, guarecido en las tablas, donde traen al toro los peones, en la Plaza de Madrid, junto al burladero que está entre los tendidos 1 y 10, para que todas las faenas tengan igual nacimiento entre el aplauso bobo a los pases estatuarios por alto, que ni mandan ni dominan. Y los matadores que ponían banderillas, aunque todavía olvidados del par al cuarteo y del par de frente, se mostraban un poco hartos ellos mismos de correr de espaldas por delante del toro para provocar la arrancada e inventar una suerte de poder a poder, que no es tal, con el viaje del toro conocido y medido. Pues bien; desde entonces hemos tenido que volver a hablar comentadores y revisteros del cambio y del quie-

bro: cuándo para confundirlos en una misma cosa, ora para diferenciarlos mal y, a ratos, resucitando definiciones de viejos tratadistas que tampoco estaban en lo firme. Veamos.

Tengo por casi buena la definición del cambio que en algunos antiguos manuales taurómicos reza de esta suer-



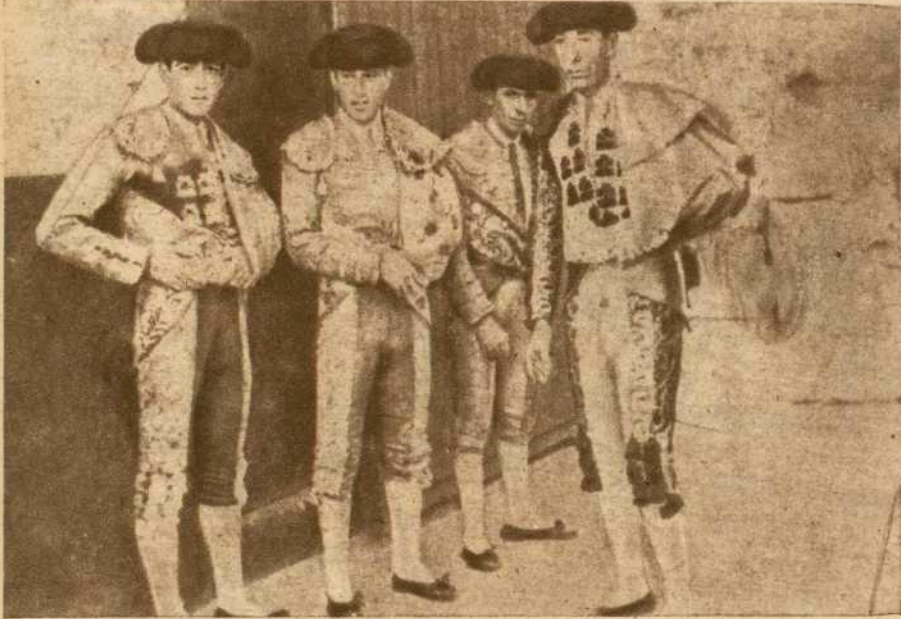
Jiménez Lorente



Jiménez Lorente

Las novilladas de la feria de Azpeitia

Reses de Juan Belmonte para Manolo Navarro y Rafael Vázquez

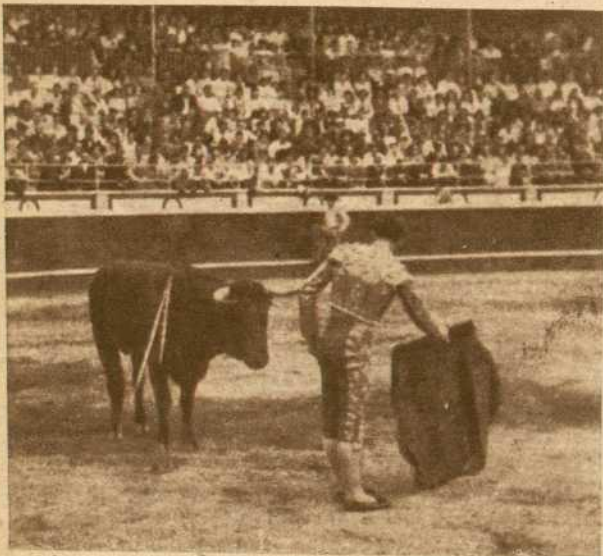


Manolo Navarro y Rafael Vázquez, que tomaron parte en la primera novillada de la feria

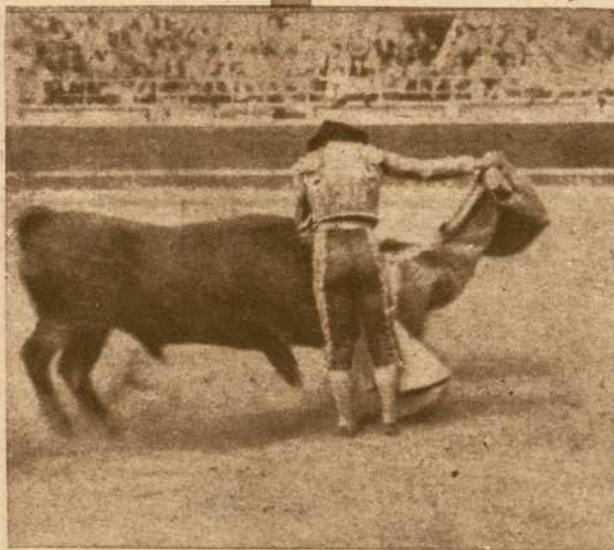
Reses de Juan Belmonte para Pedro Robredo y Diamantino Vizeu



Pedro Robredo y Diamantino Vizeu, antes de hacer el paseillo para la segunda novillada



Manolo Navarro citando a su novillo en la faena de muleta



Rafael Vázquez en un lance de capa a su primer novillo



El portugués Vizeu en un natura a su segundo toro

BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechace todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL



C.S. n.º 7327



Pedro Robredo en un muletazo por alto (Fots. Rocha)

El miércoles, 31, el presidente de la Diputación de Madrid confirmó que había aceptado, en nombre de la Comisión Organizadora, el ofrecimiento del diestro Luis Miguel Dominguín para actuar desinteresadamente en la corrida de Beneficencia. El cartel de ella, en principio, lo formarán Manolete, Antonio Bienvenida y Luis Miguel Dominguín.

El sábado, 3, en Barcelona, hizo su reaparición el famoso diestro mejicano Carlos Arruza. Hubo un lleno y se lidiaron reses de don Felipe Bartolomé. Alternaron con Arruza, Belmonte y el Andaluz Belmonte dió la vuelta al ruedo en su primero y fué aplaudido en el cuarto. Arruza, que fué recibido con ovaciones, estuvo muy bien en el segundo, con petición de oreja y vuelta al ruedo, y consiguió la oreja del quinto con algunas discrepancias. Andaluz dió la vuelta al ruedo y saludó en los medios en el tercero y fué muy aplaudido en el que cerró Plaza.

El domingo, 4, se celebró en Madrid una novillada, lidiándose ganado de don José María Soto, que salió manso, fogueándose dos novillos. Pericás estuvo muy valiente en el primero y saludó desde el tercio. En el cuarto, también fogueado, estuvo voluntarioso. Antonio Caro fué aplaudido en el segundo y malogró con el estoque la gran faena de muleta que realizó en el quinto. Manuel González fué muy aplaudido en sus dos novillos y dejó muy buena impresión por su toreo de capa y muleta. Escuchó muchas palmas en el tercero, a pesar de recibir un aviso, y dió la vuelta al ruedo en el sexto.

En Barcelona se lidiaron toros de don Arturo Sánchez Cobaleda, muy dóciles y manejables. Pepe Bienvenida, Arruza y Morenito de Talavera. Los diestros banderillearon sus toros respectivos y, conjuntamente, los tres últimos, entre apoteósicas ovaciones. Pepe Bienvenida estuvo discreto en su primero y escuchó aplausos en el cuarto. Arruza tuvo una tarde triunfal. Cortó las orejas y el rabo de sus dos toros, la pata del primero, dió tres vueltas al ruedo y saludó incontables veces. Morenito de Talavera cortó la oreja del tercero, dió la vuelta al ruedo y saludó en sus dos toros.



Parrao, Félix Briones y José Juárez hacen el paseíllo en la primera novillada de Méjico, en la que debutaba un español

oreja del segundo y estuvo discreto en el quinto. Rovira también cortó la oreja al tercero y fué aplaudido en el sexto.

En El Escorial se lidiaron cuatro novillos de don Antonio Rivas Sancho. Juanito Zamora y Eleuterio Fauró fueron muy aplaudidos y dieron la vuelta al ruedo en uno de los novillos.

En Estella, cuatro novillos de Fraile para Faraón, que resultó cogido en su primero, y Enrique Abad, que despachó los cuatro con valor y arte cortando dos orejas.

En Córdoba, reses de Artázar. Moya estuvo regular. Josete cortó la oreja del primero y salió en hombros.

El lunes, 5, se celebró la segunda de Feria en Vitoria con toros de Villamarta. Asistieron

la esposa y la hija del Caudillo. Belmonte cortó las orejas del primero y estuvo regular en el cuarto. Pepe Luis fué aplaudido en uno de sus toros, y Parrita tuvo una actuación gris.

En La Coruña también se celebró la segunda corrida de Feria con un toro de Flores para don Alvaro Domecq, que fué muy ovacionado, y seis de Hidalgo Hermanos para Cañitas, Andaluz y Rovira. El mejicano aliñó a su primero y se lució en el cuarto, al que cortó las orejas. Andaluz, muy bien en uno y gran faena al quinto, del que cortó orejas y rabo. Rovira estuvo discreto.

En Huelva, la segunda novillada colombina. Siete novillos de Hidalgo para Conchita Cintrón, que fué muy ovacionada, y Vito, Niño de la Isla y Diamantino Vizeu. Todos fueron muy aplaudidos, y el portugués cortó las orejas y el rabo del tercero, que mató a volapié.

En La Coruña, el martes, novillada de feria. Cuatro reses de Samuel Hermanos, y tres de Francisco Hidalgo para Marimen Ciamar, Liceaga, Vito y Vizeu. El Vito resultó cogido por su primero.

En Ceuta, también el martes, Conchita Cintrón, Rafael Vázquez y Pablo Lalanda, cortaron orejas

A. V.

El cartel de la corrida de Beneficencia lo formarán Manolete, Antonio Bienvenida y Luis Miguel Dominguín. — Reaparición de Arruza en Barcelona. — Una corrida que banderillearon los tres matadores

POR ESPAÑA Y PORTUGAL

Toros en Santander,

Vitoria, Valdepeñas y La Coruña. — El debutante Manuel González causa muy buena impresión en Madrid. Novilladas

En Santander lidiaron toros de Bohórquez Belmonte, Pepe Luis Vázquez y Cañitas. Juanito oyó una ovación y dió la vuelta al ruedo en su primero y estuvo breve en el cuarto. Pepe Luis hizo una gran faena al segundo —con pases de rodillas y manoletiras! ¡vaya, Pepe Luis!— y al no concederle el presidente la oreja que pedía el público, dió tres vueltas al ruedo. En el quinto estuvo compuesto. Cañitas estuvo valiente en el tercero, y en el sexto hizo alardes de temeridad. Mató con un pañuelo a guisa de muleta y se ganó las orejas y el rabo, vueltas y salida en hombros.

En Vitoria se celebró la primera de Feria. Toros de Albaserrada para Ortega, Andaluz y Pepín Martín Vázquez, que triunfaron en los toros cuarto, segundo y tercero, respectivamente. Ortega cortó las dos orejas. Andaluz otras dos y una Pepín Martín Vázquez. En los toros restantes se limitaron a cumplir.

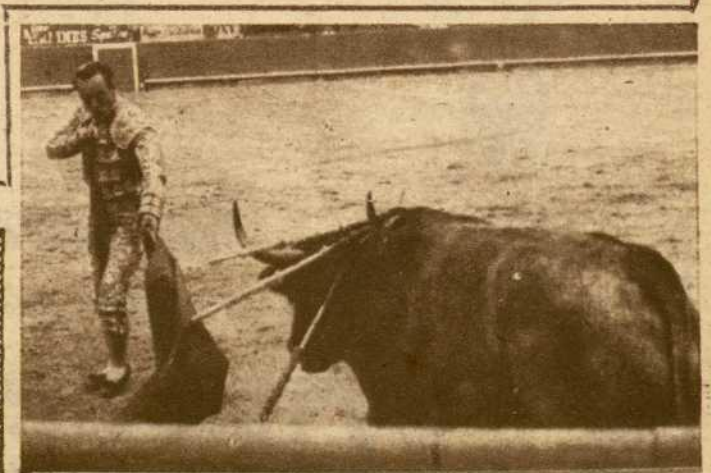
En Valdepeñas se lidiaron toros de Angel Luis Sánchez, antes Trespacios, por Albaicín, Briones y Rafael Llorente. El gitano estuvo deslucido. Briones estuvo bien en el segundo, con petición de oreja, y mal en el quinto. Llorente, voluntarioso, oyó una ovación y palmas en sus dos toros.

En La Coruña, toros de Samuel Hermanos. Uno de rejones para don Alvaro Domecq, que tuvo una actuación magnífica, a pie y a caballo, cortando la oreja, y seis para el Choni, Parrita y Rovira. El valenciano cumplió en el primero y cortó las orejas y el rabo del cuarto. Parrita cortó la



Félix Briones sonríe antes del paseo, y su gesto contrasta con la seriedad de Juárez y el sereno aplomo de Parrao

COLONIA
Gualda
UN PRODUCTO IMPRESCINDIBLE
AUMENTA LOS MOSQUITOS
UNA SOLA FRICCIÓN EXTERMINA EN EL ACTO
TODA CLASE DE PARASITOS
FRASCOS PEQUEÑOS 250 Ptas.
(CONTIENE INSECTICIDA)



Parrao inicia la arrancada con la muleta baja y perfilado entre los dos pitones (Fots. Souza)

EL PLANETA DE LOS TOROS

La desorientación del público



ESTAMOS en la Plaza de Toros de Valencia. 26 de julio de 1944. Se celebra la cuarta corrida de la famosa feria que han torreado siempre las más célebres figuras de la torería. Uno de los matadores que esta tarde actúa se perfila para entrar a matar. Coloca la espada a la altura de su hombro izquierdo, lía la muleta y, antes de arrancar, balancea su cuerpo sobre la punta de los pies. El espectador que está a mi lado dice: «uno». El torero vuelve a empinarse, subiendo y bajando el cuerpo, como si estuviera en un tiovivo. El espectador dice: «dos». Nueva empinada o balanceo. El espectador dice: «tres». Y no ha terminado de decirlo cuando el torero arranca a matar a una velocidad increíble. Cae como un rayo sobre el toro, le hunde la espada en su carne y, sin soltar la empuñadura, sale a toda velocidad por el lomo del toro, espada en mano. Esto se ha llamado siempre un metisaca. Pues bien: el espectador que contó uno, dos, tres, vociferó frenético, mientras sus manos enrojecen de tanto aplaudir.

—¡Qué bárbaro, qué volapié más inmenso le ha dado! —y dirigiéndose a mí me informa: — ¡Yo le he contado los tres tiempos, se fijaría usted!

Aquel espectador creyó de absoluta buena fe que los tres tiempos del volapié fueron los tres balanceos o empinaditos sobre la punta de los pies que el matador dió, no sabemos con qué fines. Mi reacción fué instantánea. Abandoné la Plaza, mientras el torero daba la vuelta al ruedo con no sé cuántas orejas en la mano. No, en tanto persista esta desorientación del público, no se puede ir a los toros.

No van estas líneas encaminadas a ese torero que, según mi vecino de localidad, marcó tan a la perfección los tres tiempos del volapié. El hace perfectamente en balancear tres veces su cuerpo torero y matar al toro luego como pueda y sepa —a mi juicio, muy mal—. El hace perfectamente en cobrar por esto, y por torrear infinitamente peor que como se tira a matar, buenos miles de duros. Mi crítica se dirige al público que lo tolera. Porque matadores malos y toreros peores los ha habido siempre. Lo que ocurría antes es que apenas torocaban y cuando se vestían de luces lo hacían en Plazas de poca importancia, y no ocupando varios puestes en las ferias más prestigiosas de España. Jamás, hace unos años, se hubiera tolerado que un torero, no mediocre, sino francamente ignorante y carente de arte y de personalidad, invada fulminantemente, al cobijo de unos triunfos forjados por la desorientación de un público, las cosas justas, infinitamente más ignorante que el torero en cuestión. Porque el confundir tres balanceos con los tres tiempos del volapié no fué ofuscación de mi vecino de localidad en la Plaza valenciana. El no hizo sino repetir lo que oyó, como lo oí yo también, la misma mañana de la corrida, en labios de un prestigioso crítico taurino madrileño, el cual me lo contó para darme idea de cómo era el torero y de cómo estaba el público con él. Yo, a pesar de su seriedad, le tomé a broma. ¡Pero sí, sí, broma! A estas horas habrá cundido por toda España lo de los tres tiempos. Y contra esto es contra lo que voy, porque lo considero un deber.

En esta misma feria de Valencia se ha hecho una intensa propaganda mural del torero ese de los tres tiempos, consistente en una fotografía suya dando una monoletina mirando al público, y con unas palabras que rezan: «¡Así torrea Fulano!». Pues, bueno; en la última de feria, un torero de verdad, aunque terrible y nefásticamente influido por esta clase de lances al margen del toro, dió este pase dos veces, y la Plaza vibró de entusiasmo y le dieron la pata del pobre toro. Insisto en que la culpa no es de los toreros. Ellos buscan el triunfo por el camino más fácil y menos expuesto. Es de ustedes, cándidos espectadores sin paladar, que consiente de lo feo y lo grotesco, desdeñando lo auténtico y lo perfecto. La monoletina mirando al público es un lance de toro cómico, el balancear el cuerpo al ir a arrancar a matar no es nada, a lo sumo un tic nervioso. Que conste así para aviso de los desorientados.

ANTONIO DIAZ-CARABATE

NOVILLADA EN EL ESCORIAL

Novillos de Rivas Sánchez para Juanito Zamora y Eleuterio Fauró



Eleuterio Fauró torreado a la verónica



Un buen natural de Juanito Zamora (Fots. Guerra)



Inocente
es el vino para copiar

VALDESPINO
JEREZ

ACEYTE YNGLES

PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

¡Ay! ¡Aquel Gitanillo de Triana, muerto por Fandanguero en estas fechas!..

Martinete, fandango y seguiriya a la memoria inolvidable de Curro

Martinete

A CABÁBAMOS de llegar a Sevilla en el coche de Pepe Meca. Una parada en La Puebla de Cazalla para charlar un rato con Antonio Fuentes, lleno todavía de aquel empuje que suyo que sobrevivió a la ruina; el café en Aguadulce, la copita en Estepa, la otra copita en El Arahál, y al fin, Sevilla.

Leandro Sell no nos dejó bañarnos ni perder un minuto en el hotel: —Ahora mismo hay que ir a San Jacinto a ver a la madre de Gitanillo. Y hubo medio de convenirle de que aquella visita se podía apañar, y fuimos a Triana bajo un sol que cegaba.

Cuando arribamos a una casita recién pintada y de fachada alegre, dijo Leandro: —Aquí es.

Y como viera en mí un gesto de asombro, me preguntó zumbón: —¿Tú qué creías? ¿Que Gitanillo vivía en una fragua...?

Más tarde, cuando salí de aquella forja del dolor humano, cuando me saturé de los sentimientos hondos de que sólo esa raza de los gitanos es capaz, fui yo quien le dije a Leandro: —Y en una fragua vive.

Era verdad. El santuario de la memoria de Curro Puya era una fragua de la pena andaluza. En ella los sollozos tenían son de doliente de martirizados, y el suspiro continuo de la madre de Curro era un acento puro de soleá y de seguiriya...

Fandangos de Fandanguero

Traspuesta la cancela, nos hirió la retina la pintada roja de unos capotes puestos a secar. Pacorro, el hermano de Curro, mozo de espadas a la sazón de Rafaelito, los estaba frotando con un cepillo de raíz para arrancarles las sanguinolentas manchas:

—¿Cómo están ustedes...? Rafaelito ha salido. Tuvo que ir a curarse la corná de la cara... Pero entren ustedes, que él vendrá enseguida.

Estaba el patio lleno de luz, de sol, y aquel deslumbramiento resaltaba más el frescor de una especie de claustro que lo circunda.

En la penumbra grata llenaba las paredes, como en un friso griego, toda la teoría estética del toreo de Curro. Es orzos de verónicas suaves, armonías del pase natural, claveles rojos de la media verónica, actitudes dramáticas del forzado de pecho con la izquierda...

—Pasen ustedes...; no se estén aquí ar zó...

Clavado en la cruz negra de su sillón de ébano, Curro Puya, sordo y ceñudo, como una estatua de bronce, apenas torció el gesto cuando entramos:

—Es mi pare, ¿sabe usted?

Y Pacorro, al decirlo, parecía un gitano que le mostrara a un forastero la ingente torre de la Giralda.

—Está er probe mu sordo y no le gusta hablar con naide...

Y peretramos en la estancia dorada del dolor materno se conservaba íntegro, rebelde al lenitivo de los días.

Leandro Sell, amigo de la casa, nos presentó:

—Son amigos de Curro, que en paz descanse...

—¡Ah...!

Y no hubo gesto de extrañeza, porque la madre de Gitanillo de Triana

no encuentra nada de extraño que todo el mundo quisiera a Curro:

—Esta mañana estuve a verlo. Le llevé los retratos de los sobrinos, porque él los quería mucho; ¡y como han hecho la Primera Comunión...!

Leandro nos dice en un aparte:

—Todos los días habla con él y le cuenta las cosas de la casa como si estuviera vivo.

A mí aquello me daba esca'ofríos. Pero lo que me erizó el vello fue el ver sobre el lecho del torero muerto la ropa preparada, como si Curro fuera a vestirse y a salir por Sevilla para tomarse un chato en las tertulias de la calle Sierpes.

—Todos los sábados se la preparo, ¿sab' usted? Y le jago su cama toas las noches, porque no me resigro a creer que ya no güerve más aquí, a su casa...

Y vi aquel comedor que compró Gitanillo, y que no se estrenaba porque aquel toro Fandanguero cortó el fandango de la vida de Curro...

Y supe luego cómo se cumplió el testamento que hizo el pobre, cuando, casi agonico ya, vió al chiquillo pequeño de Pacorro, ahijado suyo, y con el atavismo de la raza gitana, perseguida y doliente, les recomendó a todos:

—Que naide le pegue ar niño... ¡Que no le peguen...! ¡A ordarse de que lo picó yo...!

Seguiriya

Fuimos a San Lorenzo, a la tumba de Curro, y vimos sobre la lápida de mármol las fotografías, abarquilladas por el sol, de los sobrinos vestidos de Primera Comunión.

Comimos luego en Las Cuatro Esquinas y tomamos café en Gayargo, rodeados del ambiente tauino de Sevilla. Yo no pude aquel día atender a Juan Soto, que me contaba cosas de José y se empeñaba en recordarme una fiesta de acozo en el cortijo de Cuarto, en la que Joselito hizo el alarde caballista más grande que pueda imaginarse, formando collera con el picador Carriles.

Yo estaba lleno de la entrevista de la mañana. Tenía en el cerebro y en el corazón el dolor de la madre de Gitanillo, el recuerdo de aquella estatua en bronce del padre, y me di cuenta de por qué Curro toreaba así.

Curro no había sido un hombre, sino un símbolo. Era lo gitano, lo jondo, lo flamenco, lo puro de una raza milenaria, descendiente de emperadores, que saben de las cosas de la vida y el sino y están de vuelta de todos los misterios del futuro.

El caminaba hacia la muerte, y lo hacía despacio, con ritmo, con elegancia, con armonía, como un auténtico furón que sabe que le espera por tumba una pirámide y una aureola inmarcesible con epitafio...

Luego, a la noche, el cante grande del Sevillano me lo evocó otra vez con esta seguiriya:

*Por las cayes de Seviya
una gitana yoraba.
La yaman la Seguiriya.
¡Ay!, y a Manué Torres buscaba...
por las cayes de Seviya...*

M. GARCIA SANTOS



Los padres y el hermano de Curro, en aquellos días trágicos en que Gitanillo luchaba con la muerte, entran al sanatorio a verlo. Son tres estatuas del dolor, tres sombras negras abatidas por un presagio triste...



Ortega triunfó en su segundo toro. En la foto, el diestro de Borox exhibe los trofeos que acaban de concederle



Como Ortega, Pepin Martín Vázquez mereció los honores de que el público solicitara y obtuviera para él la oreja de la res

PRIMERA DE FERIA EN VITORIA

TOROS DE LA VIUDA DE BUENO



Pepin Martín Vázquez en un natural.—Arriba: El Andaluz muestra las dos orejas obtenidas, y saluda sonriente al público, que le ovaciona.— A la derecha: Domingo Ortega torea por naturales a su gusto

ORTEGA, ANDALUZ Y PEPIN MARTIN VAZQUEZ



A la izquierda: Los de la Viuda de Bueno derribaron con poder a los piqueiros.—A la derecha: Andaluz da una verónica (Fotos Parra)





JOSE
VALENCIANO.
946.

SUERTES DEL TOREO

LA CHICUELINA

EL FUNDADOR... Y SUS SEGUIDORES



Creó esta pinturera y gallarda suerte el famoso torero sevillano Manuel Jiménez, Chicuelo, que aportó a la Fiesta ese toreo bonito, bullicioso y florido, con su mágico capotillo de seda fina

Y ahora, otro torero, también de Sevilla, fino, florido y jacarandoso, Pepe Luis Vázquez, de recio sabor estilista, es uno de los mejores ejecutantes de esta suerte juncal y pinturera que tanto gusta a los aficionados



...Y PARA CALIDAD

COÑAC FUNDADOR

DOMMECCO